

# LAS FORMAS DE LA RESIDENCIA EN LA CIUDAD MODERNA

Carlos Martí Arís

El tema de la residencia, es decir, el tema de la vivienda del hombre y de su relación con los demás elementos del espacio habitable, se convierte en Europa, durante las primeras décadas del siglo XX, en el núcleo central de la investigación desarrollada en el ámbito disciplinar de la arquitectura. Son innumerables los textos, las propuestas, los esquemas, las realizaciones y los debates que entre 1910 y 1945 afrontan la reflexión sobre las formas residenciales que deben corresponder a un mundo sujeto a tan profundas transformaciones. Es, pues, en cierto modo lícita la identificación entre ciudad moderna y propuestas residenciales de la arquitectura moderna, ya que éstas constituyen la trama de fondo sobre la que se asienta la idea de ciudad elaborada por la cultura arquitectónica de la primera mitad del siglo XX.

A lo largo de los últimos años han proliferado los ataques contra la arquitectura moderna basados, precisamente, en el rechazo de los modelos urbanos que aquélla, supuestamente, habría generado. En este contexto, las propuestas de la arquitectura moderna son vistas como pura negación o simple rechazo de las formas históricas de construcción de la ciudad. Nosotros, a través del estudio atento de las formas de la residencia que la cultura moderna ha ido desarrollando, trataremos, en cambio, de mostrar que la idea de ciudad que en ellas está im-

plícita, no parte de una «tabula rasa» conceptual con respecto a la tradición urbana, sino que, por el contrario, define una tupida red de anexos, a veces sutiles, a menudo firmes y patentes, que la vinculan con la cultura histórica de la ciudad.

Esta cuestión es importante ya que con frecuencia se utiliza el argumento de la «ruptura con la historia» como prueba para inculpar a la arquitectura moderna de todas las miserias de la ciudad contemporánea. Desmontar este juicio de valor es una tarea compleja que excede, con mucho, la pretensión de este texto. En cualquier caso, creemos que quienes no son capaces de separar y deslindar la propuesta de la cultura moderna de los intereses especulativos y las reducciones gremialistas que la han oscurecido y vampirizado, se están negando indirectamente la comprensión y el uso de un riquísimo legado de ideas y de instrumentos operativos que pertenecen ya, de hecho, al bagaje histórico de la arquitectura. A poco que se analice su trabajo, hoy resulta insostenible decir que Le Corbusier, Mies, o cualquiera de los maestros modernos, rechazan la experiencia histórica o ignoran la arquitectura del pasado. Con lo que rompe la arquitectura moderna es con la herencia de la ciudad ochocentista y esa ruptura es, a su vez, un intento de recomponer los vínculos con la tradición positiva de la construcción de la ciudad.

## Disolución de la ciudad tradicional

Cuando hablamos de la ciudad tradicional nos referimos a un organismo urbano que se ha ido gestando a través de un largo proceso histórico, hasta quedar fijado en una forma que puede representarse en una imagen unitaria. Así, pues, la ciudad tradicional se nos muestra como un hecho perfectamente *abarcable, homogéneo y cerrado*, como un lugar delimitado y autónomo que contiene en su interior los elementos públicos y privados que garantizan su equilibrio. En la cultura tradicional, lo que no es ciudad, es campo: no existen territorios intermedios indecisos o indefinidos.

Lo que a menudo se soslaya al hablar de la ciudad tradicional es que esa forma urbana basada en la delimitación, la homogeneidad y el equilibrio, dejó de caracterizar a las grandes ciudades europeas y norteamericanas en la segunda mitad del siglo XIX. En efecto, allí donde se desarrolló una sociedad industrial y un sistema capitalista avanzado, la ciudad tradicional acabó resquebrajándose y disolviéndose bajo la acción de las profundas convulsiones que la transformación estructural imponía a la realidad física de las ciudades.

La idea de la metrópolis moderna, de la Grossstadt dissecionada por Simmel, está ya definitivamente consolidada en los primeros años del siglo XX y las representaciones de esa Gran Ciudad que la cultura de la época nos ofrece poco tienen ya que ver con la imagen del mundo preindustrial. Pensemos, por ejemplo, en la novela *Manhattan Transfer* de John Dos Passos, publicada en 1925 o en la serie de paisajes urbanos pintados por Mario Sironi entre 1919 y 1920. Lo que a través de esas y otras muchas obras de la cultura moderna se percibe es, precisamente, la disolución de aquel orden estable en el que la ciudad tradicional se asentaba y la emergencia imparable de un complejo sistema de vectores que pugnan por afirmar las trazas de una nueva realidad urbana.

John Dos Passos describe Nueva York como una maraña inextricable de situaciones ambientadas en un escenario fulgurante, nocturno y febril y yuxtapone múltiples destellos e imágenes, como si se propusiera recomponer un mosaico con los trozos dispersos de una figura rota en mil pedazos. En las pinturas de Mario Sironi, la ciudad se describe a través de algunos objetos espirituales que exhiben su discontinuidad y su aislamiento. Una vez más, la *indeterminación, la heterogeneidad y la fragmentación* se presentan como los rasgos definitorios de la realidad urbana en gestación.

Son muchos los síntomas que inducen a desestimar como inexacta la afirmación de que las propuestas urbanas del Movimiento Moderno hayan propiciado la liquidación de la ciudad tradicional. En realidad, la ciudad con la que se confronta la arquitectura del Movimiento Moderno es la ciudad dejada en herencia por el desarrollo industrial ochocentista y no la idílica ciudad tradicional, la cual, en las grandes capitales europeas de principios de siglo, es ya tan sólo un vestigio. Las propuestas modernas no surgen tanto de una ruptura con respecto a la ciudad tradicional, cuanto de una crítica radical a la ciudad heredada, la ciudad especulativa generada por el desarrollo industrial ochocentista, en la que muchos de los rasgos que definían a la ciudad tradicional habían ido desapareciendo.

¿Cuáles son las modificaciones sustanciales que experimenta la estructura urbana a medida que se consolida la ciudad industrial? Fíjémonos sobre todo, en dos aspectos: la transformación de los tipos residenciales y el papel de las infraestructuras.

En la ciudad tradicional, el tejido urbano estaba compuesto básicamente por casas unifamiliares. En las civilizaciones clásicas mediterráneas la ciudad se construyó a partir del tipo de la casa patio, una casa introvertida que se vincula a la calle sólo a través de la puerta de acceso y que se amalgama con las casas contiguas para formar una manza-

na a modo de bloque compacto, ahuecado por las incisiones de los patios. En la ciudad medieval europea prevalecía la casa gótica-mercantil, formada sobre parcela estrecha y profunda con jardín posterior, en la que se superpone el habitáculo de la unidad familiar con el local para la actividad productiva, convirtiéndose así la calle en el lugar del intercambio y del trabajo. En ambos casos, la casa unifamiliar era la célula fundamental del tejido urbano.

Con la aparición de la industria se consuma la separación entre vivienda y trabajo. La presión demográfica provoca la densificación en altura y profundidad de los viejos tejidos residenciales. El negocio inmobiliario se convierte en una actividad económica de primer orden. Se dan así todas las condiciones para sustituir masivamente la casa unifamiliar por la vivienda colectiva propia de la ciudad industrial. El elemento constitutivo en la formación de las ciudades capitales del siglo XIX pasa a ser el bloque urbano o manzana, compuesto por edificios residenciales colectivos.

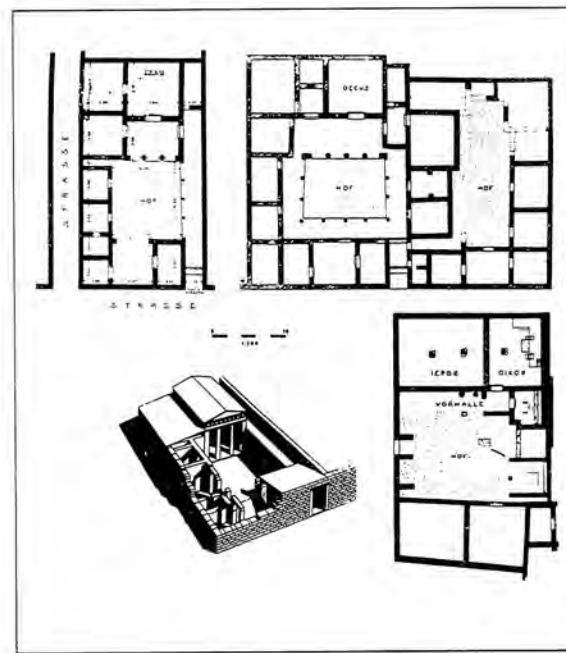
Vamos ahora a referirnos al tema de las infraestructuras. En la ciudad tradicional, calles y edificios son dos entidades inseparables que no pueden concebirse independientemente. La calle nace de las relaciones que entre sí establecen los edificios y a su vez es el espacio público común a todos ellos, capaz de disciplinar sus posiciones recíprocas.

En cambio, la ciudad industrial, con sus rápidos ritmos de crecimiento y la incorporación de los nuevos sistemas de transporte, tiende a concebir el trazado viario como un sistema autónomo, como una operación previa a la instalación de los edificios. Surge así el concepto urbanístico de infraestructura que transforma cuantitativamente y cualitativamente el concepto de calle y genera mecanismos de gestión del suelo urbano desconocidos hasta entonces.

Así pues, en su definición más esquemática, la ciudad industrial ochocentista se compone de infraes-

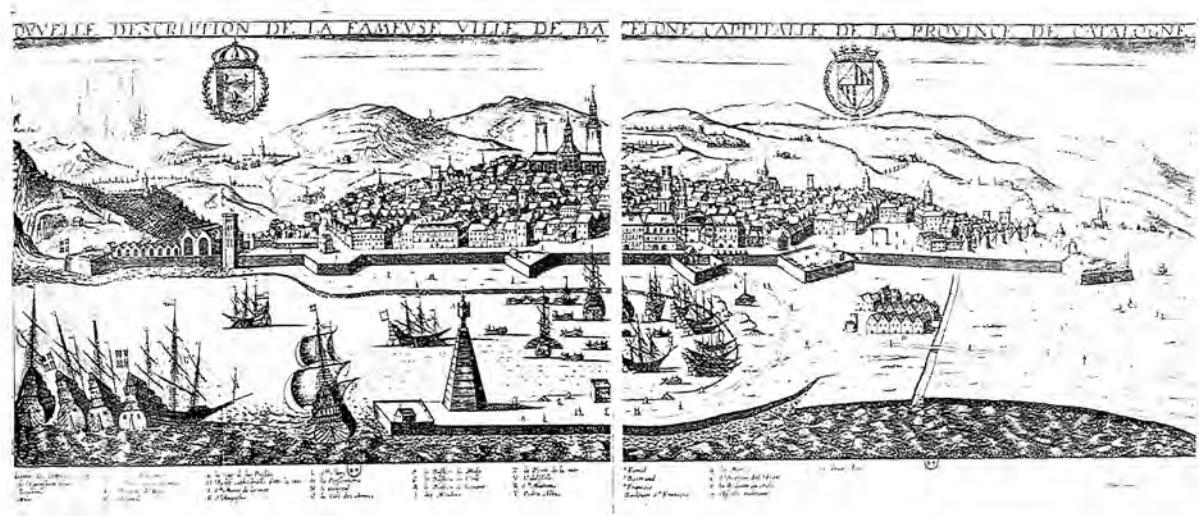


Ercolano. Planta general de las excavaciones.

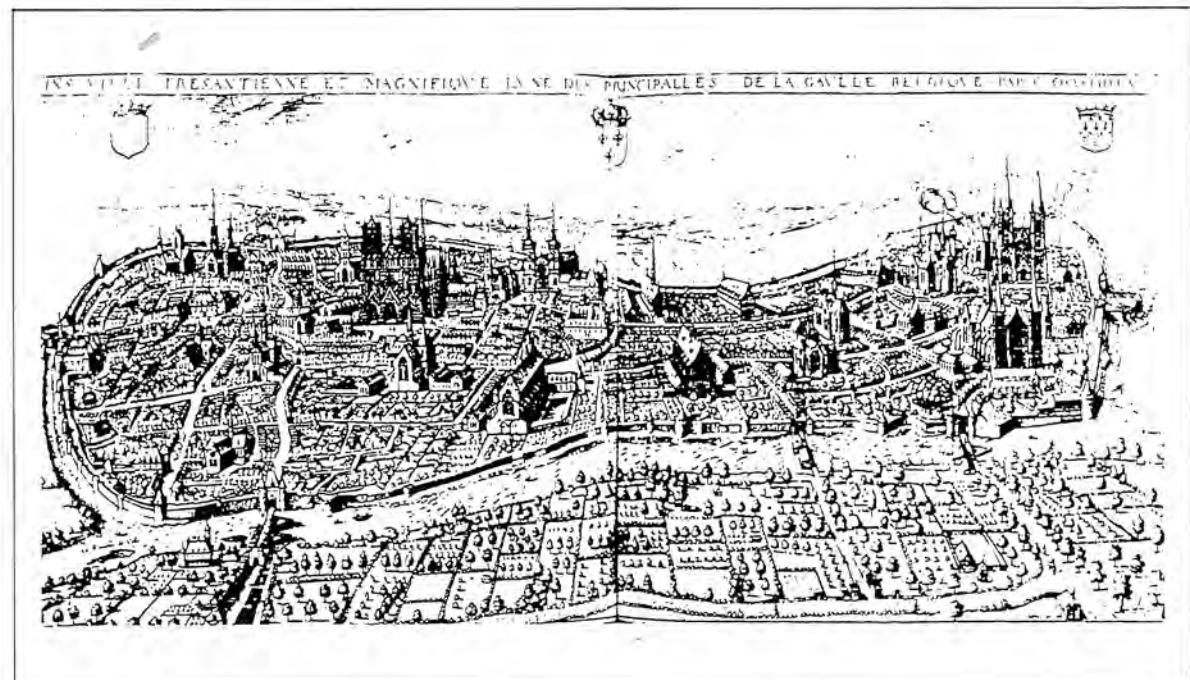


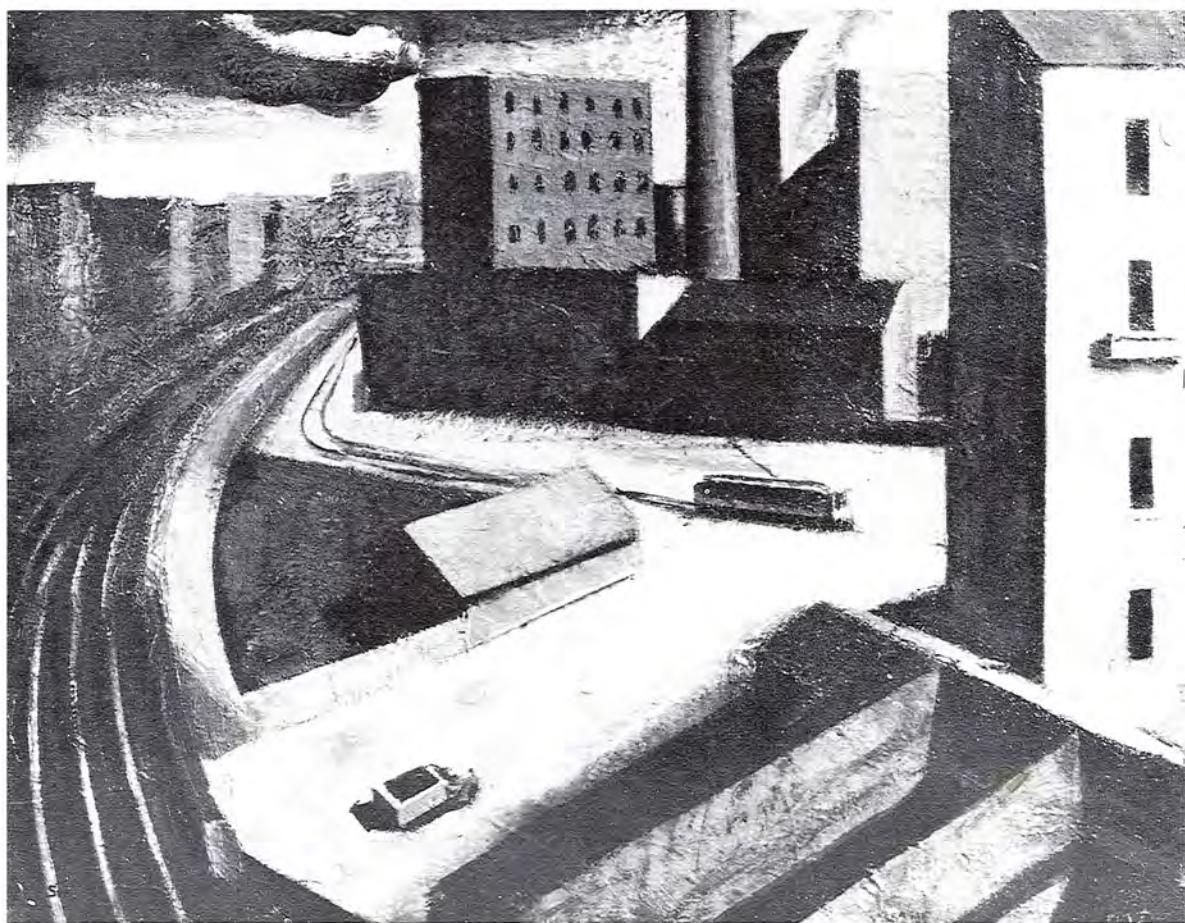
Priene. Plantas de casas patio.

Vista de Barcelona a mediados del siglo xvii.



Vista de Reims, por Chastillon.



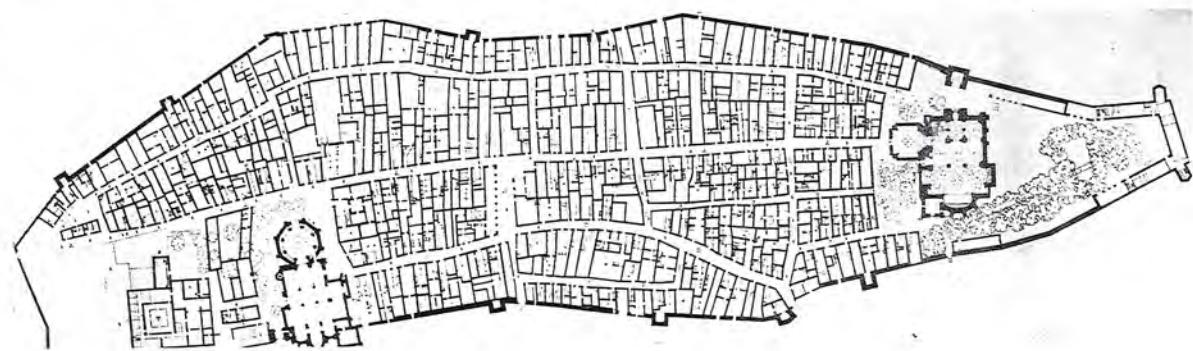


Mario Sironi. Periferia.  
Óleo de 1922.

Barcelona. Trabajos de prolongación de la Gran Vía en dirección a Castelldefels, 1928.



Laguardia. Levantamiento de la ciudad a nivel de las plantas bajas.



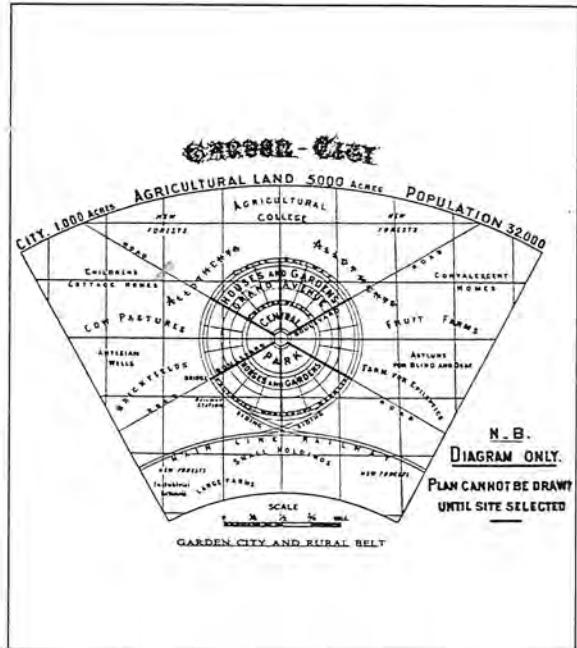


Madrid. Una edificación especulativa de principios de siglo.

tructura viaria como elemento de soporte y de grandes casas colectivas como elemento de relleno. En ese contexto, las formas residenciales propias de la ciudad tradicional van quedando restringidas a pequeños sectores marginales, a menudo sujetos a grave deterioro. A su vez, las partes surgidas de la expansión urbana padecen malformaciones causadas por los procesos especulativos de explotación intensiva del suelo, salvo en los casos excepcionales en que un proyecto urbano vigoroso es capaz de regir y ordenar el crecimiento. Todo ello conduce a una progresiva separación de la ciudad con respecto al espacio libre natural y a un empeoramiento de las condiciones de habitabilidad. Esta es la tendencia general hacia la que apunta la ciudad industrial a comienzos del siglo xx. Esta es la idea de ciudad con la que la arquitectura moderna habrá de confrontarse.

Como ha señalado Antonio Monestiroli «la principal tarea que se ha impuesto el Movimiento Moderno ha sido el rechazo de la ciudad ochocentista y sobre esta negación ha elaborado una idea de ciudad alternativa, bien definida desde el punto de vista teórico que, sin embargo, ha quedado en gran medida irrealizada».

Ebenezer Howard.  
Diagramas generales  
del modelo de Ciudad  
jardín, 1902.



## Propuestas de racionalización de la ciudad industrial

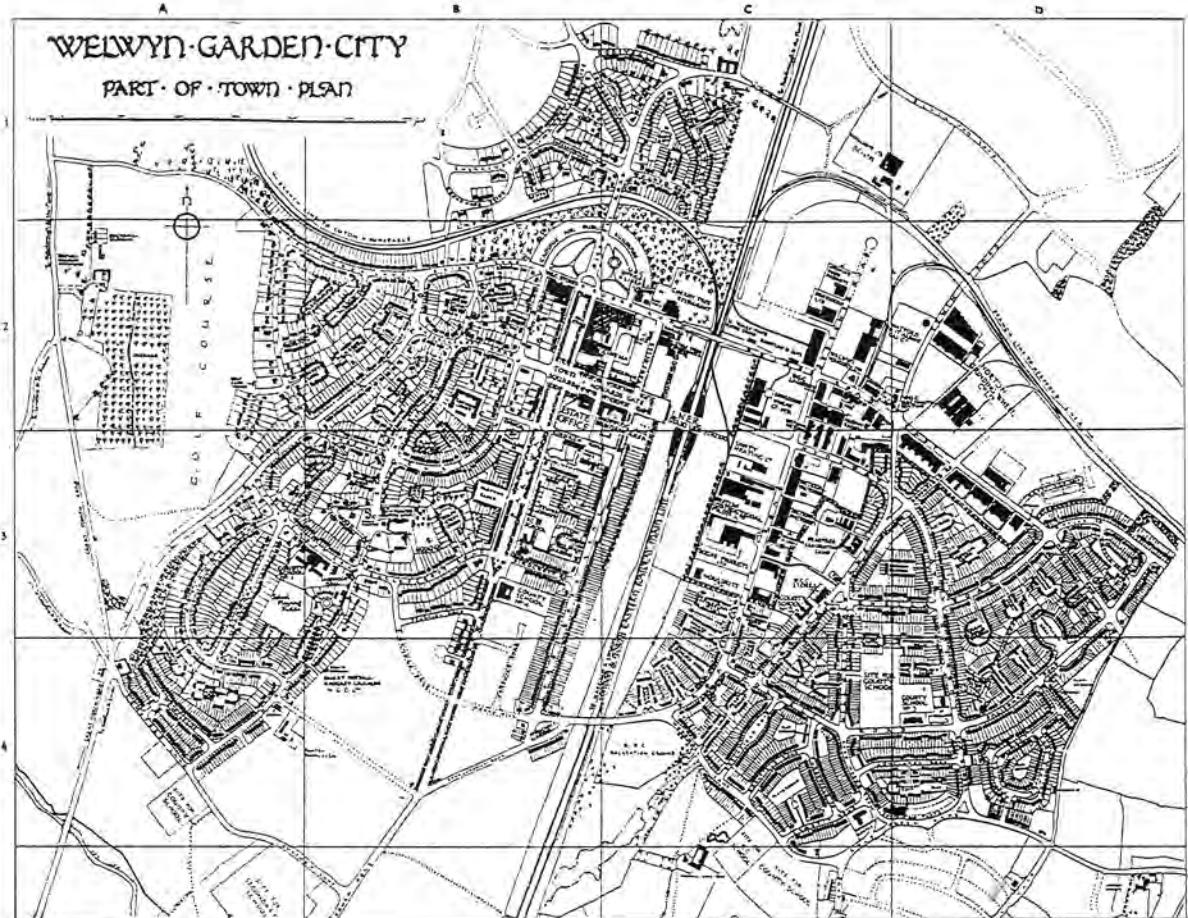
En este punto podemos avanzar ya una hipótesis, que más adelante trataremos de desarrollar, según la cual lo que persiguen las propuestas residenciales de la cultura moderna es restaurar algunas de las condiciones de la vida urbana que con la irrupción de la ciudad industrial se han degradado. En especial, estas propuestas apuntan al restablecimiento de una relación equilibrada entre edificación y espacio libre, reconociendo en la justicia de esa relación uno de los principales ingredientes de la tradición urbana. Se trata de controlar los impulsos generados por el desarrollo industrial, encauzándolos a través de propuestas racionalizadoras capaces de definir un orden territorial acorde con la nueva realidad social.

Este trabajo de revisión crítica de la ciudad industrial se desarrolla en dos grandes frentes:

El de la *ciudad jardín*, entendida como mecanismo de difusión de la ciudad en el campo a través de la implantación de áreas residenciales de baja densidad.

El de la *ciudad concentrada*, que trata de superar las contradicciones del modelo urbano ochocentista si bien aceptando sus principales datos: alta densidad y construcción de grandes edificios colectivos.

La teoría sistemática de la ciudad jardín fue enunciada por Ebenezer Howard hacia 1890. En ella se eleva a principio de urbanización la idea de recuperar la casa unifamiliar como elemento base para la extensión de la ciudad moderna. Howard tomando como referente el territorio metropolitano de Londres, preconiza la formación de una corona de ciudades satélite de baja densidad, con carácter exclusivamente residencial, dependientes de un centro metropolitano y separadas de él por grandes extensiones de suelo no urbanizado.



Welwyn. Planta de la ciudad jardín en 1939.

Una serie de importantes realizaciones jalonen la puesta en práctica de esa teoría: Letchworth (1904), Hamstead (1909), Welwyn (1919), en las que sobresalen las figuras de los arquitectos Raymond Unwin y Barry Parker. En estos barrios residenciales se cumplen las principales reglas de la ciudad jardín howardiana: predominio de la vegetación, amplia parcela con espacio libre para cada vivienda, combinación de casas aisladas y de pequeñas agrupaciones, trazados curvilíneos para propiciar las perspectivas limitadas, formación de espacios semipúblicos o lugares de vecindad a la manera del «close» propio de la tradición anglo-sajona, etc.

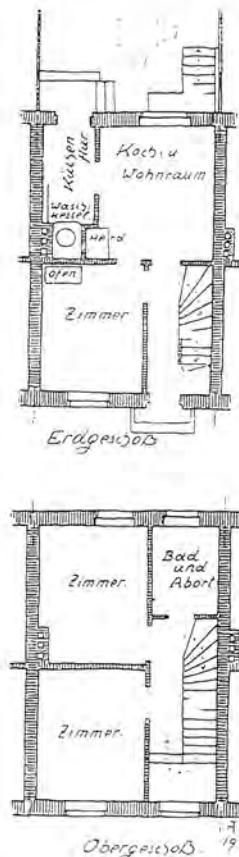
La experiencia de las Siedlungen debe mucho al precedente inglés de la ciudad jardín. En realidad la Siedlung moderna surge de una larga reflexión en la que el modelo de la ciudad jardín es sometido a una estricta depuración conceptual en relación a temas tales como la estructura viaria, las condiciones de asoleo o la jerarquía de espacios públicos y privados. En esta clave hay que entender ejemplos como la Siedlung Freie Scholle en Berlín-Tegel de Bruno Taut (1924) o el proyecto de Kleinstwohnungen en Hamburgo de Karl Schneider (1927), tan emblemáticos, por otra parte, de la arquitectura racionalista.

A lo largo de ese proceso de ajuste y depuración que conduce a la Siedlung canónica, adquieren una particular importancia algunos eslabones intermedios. Citemos, en particular, las aportaciones de Heinrich Tessenow y Hans Bernouilli. La arquitectura residencial de Tessenow constituye una crítica radical al pintoresquismo que a menudo acompaña a las propuestas de ciudad jardín, basada en la búsqueda de los aspectos esenciales y permanentes de la casa en la cultura doméstica centroeuropea. El tradicionalismo de Tessenow se orienta hacia el logro de la unidad y persigue el entronque con el arquetipo de casa que subyace a tantas variantes, rechazando la dispersión de lenguajes y estilos característica del eclecticismo. Por su parte, Hans Ber-

nouilli, en sus barrios para el movimiento cooperativo suizo, explora la dimensión comunitaria de las implantaciones unifamiliares y, siguiendo la tradición de algunas estructuras conventuales, demuestra la capacidad de la casa para engranarse en una organización colectiva sin perder su condición de célula autónoma.

Pero el cambio más sustancial que la experiencia de las Siedlungen introduce en la teoría inicial de la ciudad jardín es el que se refiere a la concepción del hecho urbano en su conjunto. Así, mientras que en la teoría de Howard la ciudad jardín, en tanto que sistema dispersivo, se presenta como alternativa excluyente respecto a la ciudad compacta, la Sied-

Heinrich Tessenow.  
Proyecto de viviendas  
en hilera en Rahnitz-  
Dresden, 1919.

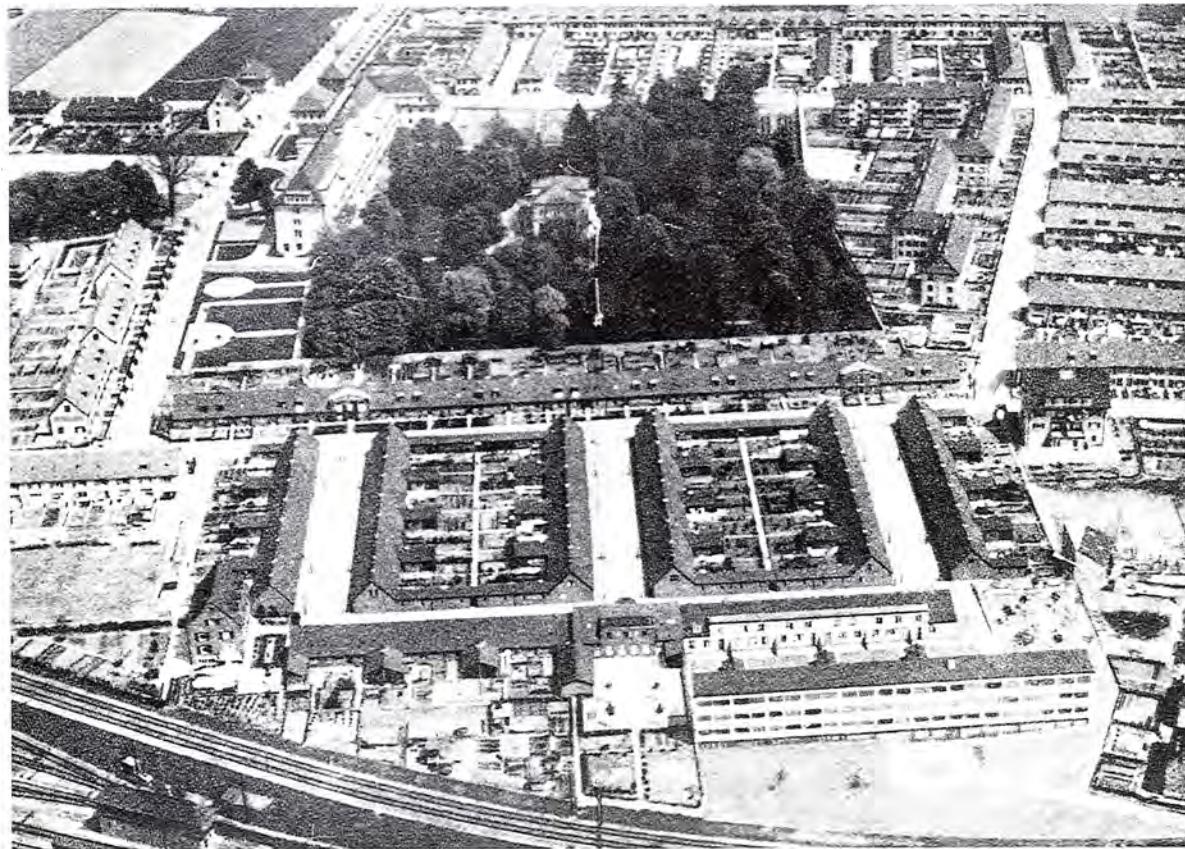


lung centroeuropea de los años 20 se define como una parte de ciudad que se incorpora a la estructura urbana preexistente tratando de complementarla y diversificarla.

Este es el significado de la propuesta de Ernst May para Frankfurt. La serie de Siedlungen que jalonan la urbanización de Valle del Nidda componen una corona suburbana que articula las zonas densas de la ciudad ochocentista con el territorio no urbanizado. Las nuevas áreas residenciales, así como las extensas zonas libres que dejan entre sí, van formando un tejido esponjoso que incorpora a su vez el elemento natural de la ribera del Nidda. De este modo las Siedlungen se integran como partes de

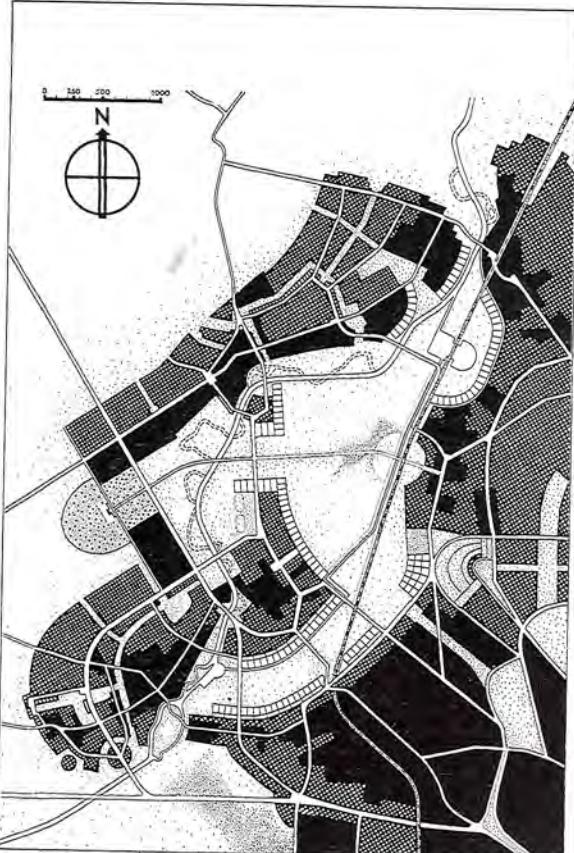
ciudad a una estructura urbana general que las engloba. Ejemplos tales como Prauheim o Römerstadt manifiestan explícitamente la voluntad de reconstruir los límites de la ciudad a través de partes residenciales en las que la baja densidad y el contacto directo con la naturaleza sean compatibles con un alto grado de cohesión de la forma urbana.

Hemos señalado anteriormente que la revisión crítica de las condiciones reales de la ciudad industrial se desarrolló en dos grandes frentes: el modelo de la ciudad jardín (cuyas derivaciones en la cultura racionalista hemos descrito esquemáticamente) y el modelo de la ciudad concentrada (que seguidamente trataremos de analizar a través de algu-



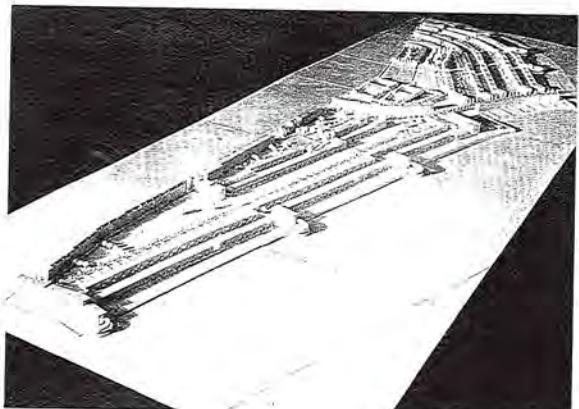
Hans Bernouilli. Vista aérea de la Siedlung «Im Vogelsang» en Zürich, 1924-30

Ernst May. Ordenación del valle del Nidda. Frankfurt, 1927.



Ernst May. Siedlung Römerstadt en Frankfurt, 1927. Vista de la maqueta.

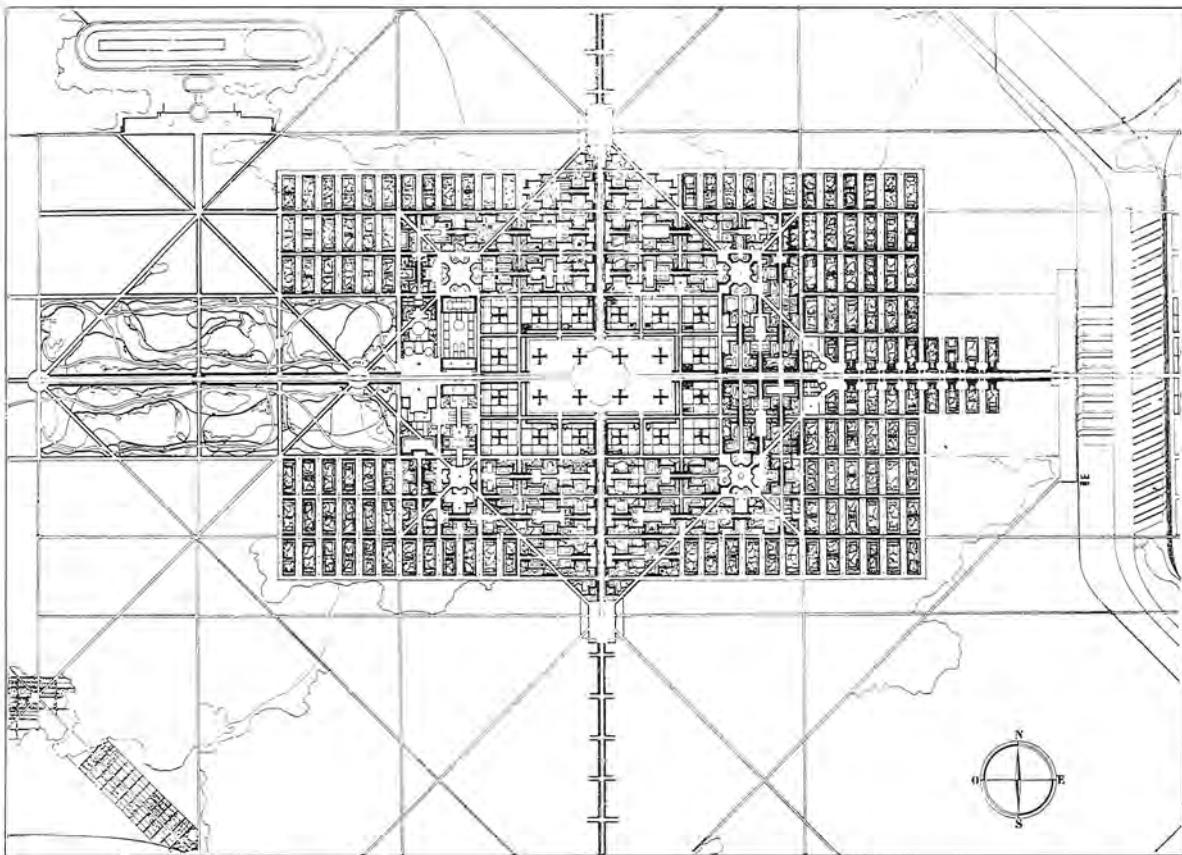
Ernst May. Siedlung Römerstadt. Vista de una calle.



nos episodios). Nos referiremos en primer lugar, a dos propuestas paradigmáticas de la urbanística moderna: la Ciudad Contemporánea de 3 millones de habitantes, expuesta por Le Corbusier de 1922 y publicada en *Urbanisme* el año 1923, y la Ciudad Vertical, elaborada por Ludwig Hilberseimer en 1924-25 y publicada en *Grosstadt Architektur* el año 1927.

Le Corbusier, en su propuesta, trata de representar una ciudad industrial depurada de todos los aspectos negativos inducidos por el desarrollo incontrolado (desorden del esquema viario, hacinamiento de las viviendas, mezcla indiscriminada de usos, falta de espacios libres,...) pero sin perder de vista los

principales parámetros que definen la realidad urbana en gestación. Así concibe una ciudad de formato rectangular, con una extensión de 6,4 por 4 kilómetros, que se organiza a partir de una potente red infraestructural y cuyo centro está ocupado por la City o centro de negocios, compuesto por 24 rascacielos de planta cruciforme y 60 plantas de altura. En torno a la City se desarrolla un área residencial formada por bloques en «redent» delimitada por un cuadrado girado a 45 grados respecto a la figura global rectangular. La periferia del rectángulo se construye a base de grandes manzanas de 200 por 400 metros asumiendo el Inmueble-Villa el papel de manzana cerrada con las fachadas siguiendo la alineación de las calles.



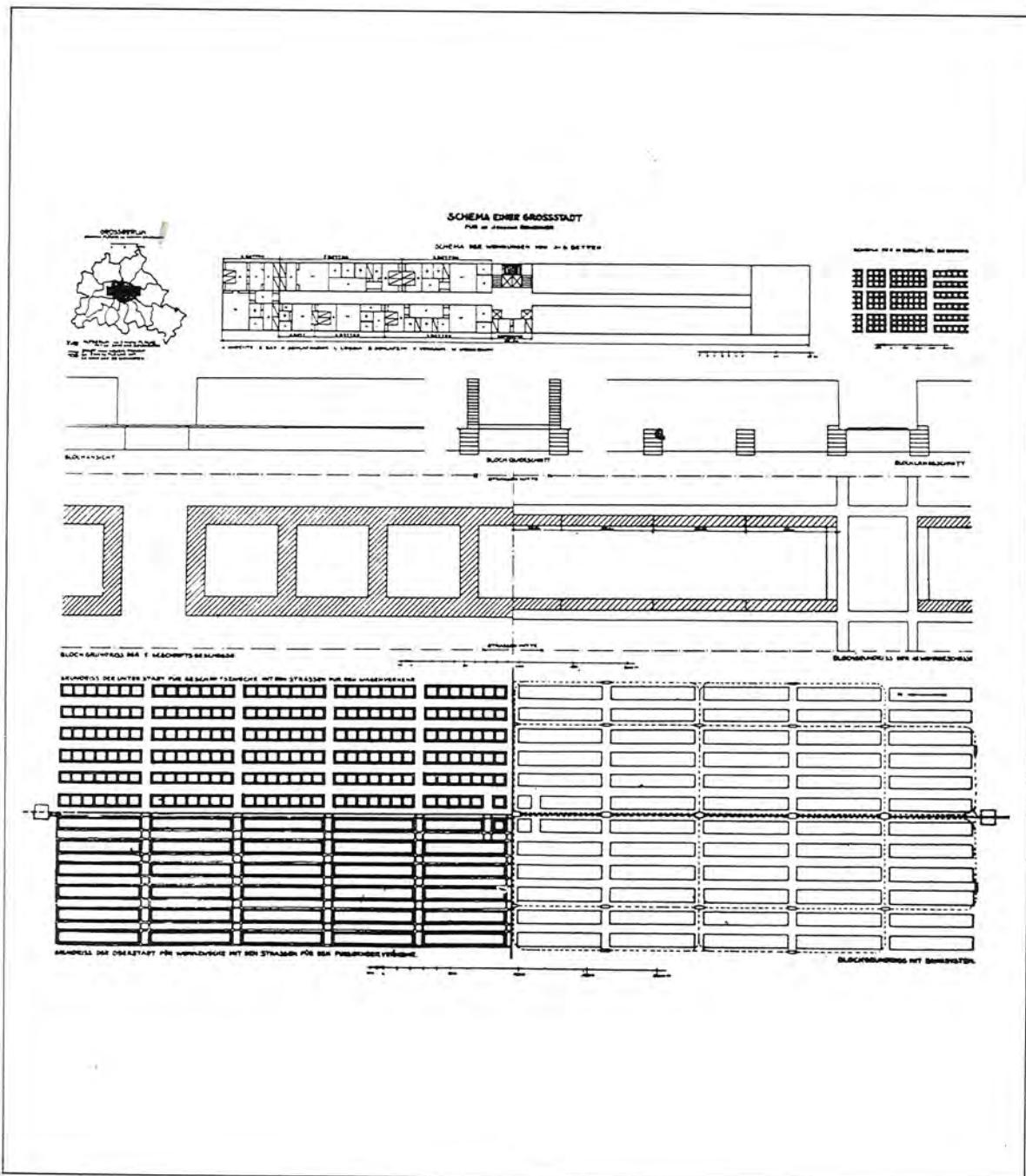
Le Corbusier. Ciudad contemporánea de 3 millones de habitantes, 1922. Planta general.

En su propuesta de ciudad vertical, formulada pocos años más tarde, Hilberseimer parte de una reflexión crítica sobre el modelo lecorbuseriano. Observa, en primer lugar, que en el esquema de la Ciudad Contemporánea sólo un millón de habitantes pueden residir en el centro urbano, mientras que los otros dos millones anunciados deben alojarse en una corona suburbana exterior formada por ciudades jardín, con lo cual se reproduce el esquema radio-concéntrico formado por una sucesión de capas envolventes que era, precisamente, uno de los aspectos rechazables de la ciudad industrial ochocentista. La crítica de Hilberseimer se refiere también al problema del tráfico ya que, según él, no queda resuelto en la propuesta de Le Corbusier a

causa de su exacerbado monocentrismo y su dependencia de los movimientos pendulares centro-periferia, defectos ante los que de poco sirve dimensionar con amplitud el esquema viario.

A la jerarquización funcional y geométrica del esquema lecorbuseriano, Hilberseimer opone una trama homogénea y equipotencial, de crecimiento lineal, en la que se apura la concentración y la densidad mediante el recurso de superponer a los usos industriales y comerciales, instalados en un basamento de 5 plantas, una ciudad residencial formada por bloques de 15 plantas. La ciudad se despliega en dirección Norte-Sur, coincidiendo con la directriz principal de los edificios y está formada

Ludwig Hilberseimer.  
Ciudad vertical, 1925.  
Esquema general y  
organización de una  
manzana.



Ludwig Hilberseimer.  
Ciudad vertical. Perspectiva



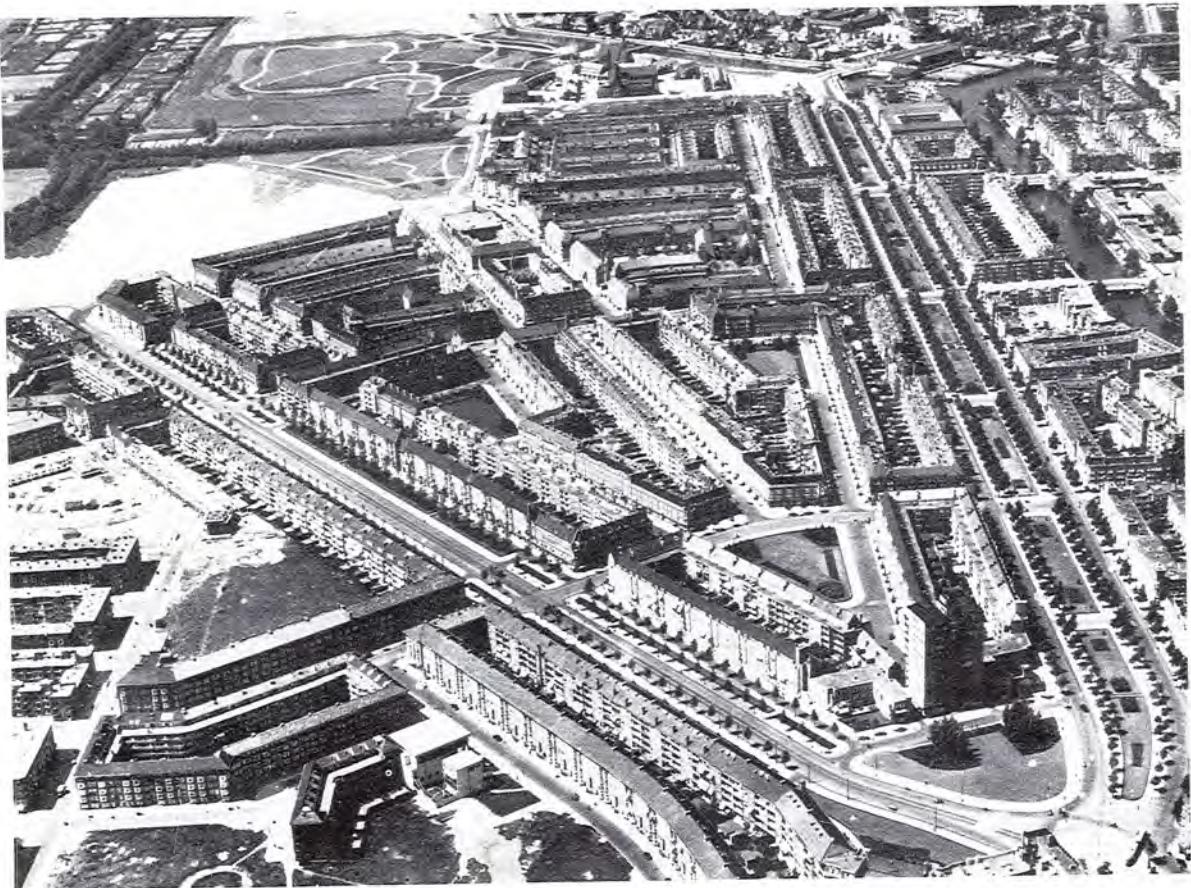
por manzanas de 100 por 600 metros y calles de 60 m de ancho. Los edificios comerciales, de 15 m de profundidad, se organizan formando una sucesión de patios cuadrados (7 en cada manzana) mientras que los edificios residenciales, de 10 m de profundidad, son bloques lineales apoyados en los lados largos de la manzana y dispuestos a intervalos regulares de 70 metros de manera que los bloques, tanto en la calle como en el interior de manzana, guardan la misma separación.

La ciudad vertical es, pues, el fruto implacable de una reflexión orientada a racionalizar y poner en adecuada relación los ingredientes que configuran

el desarrollo urbano en el mundo moderno y las famosas perspectivas que la escenifican, lejos de disimular o edulcorar la condición abstracta de la nueva realidad urbana, tienden a exhibirla de un modo descarnado.

Pero es interesante darse cuenta de que incluso una propuesta tan extremada como ésta, parte, como ahora veremos, de la reconsideración de ciertos aspectos de la ciudad tradicional como método para ensayar una definición pertinente de la ciudad moderna. Para Hilberseimer, el tráfico excesivo es sólo un síntoma de la enfermedad que aqueja a las grandes ciudades y el remedio no se obtendrá tratando

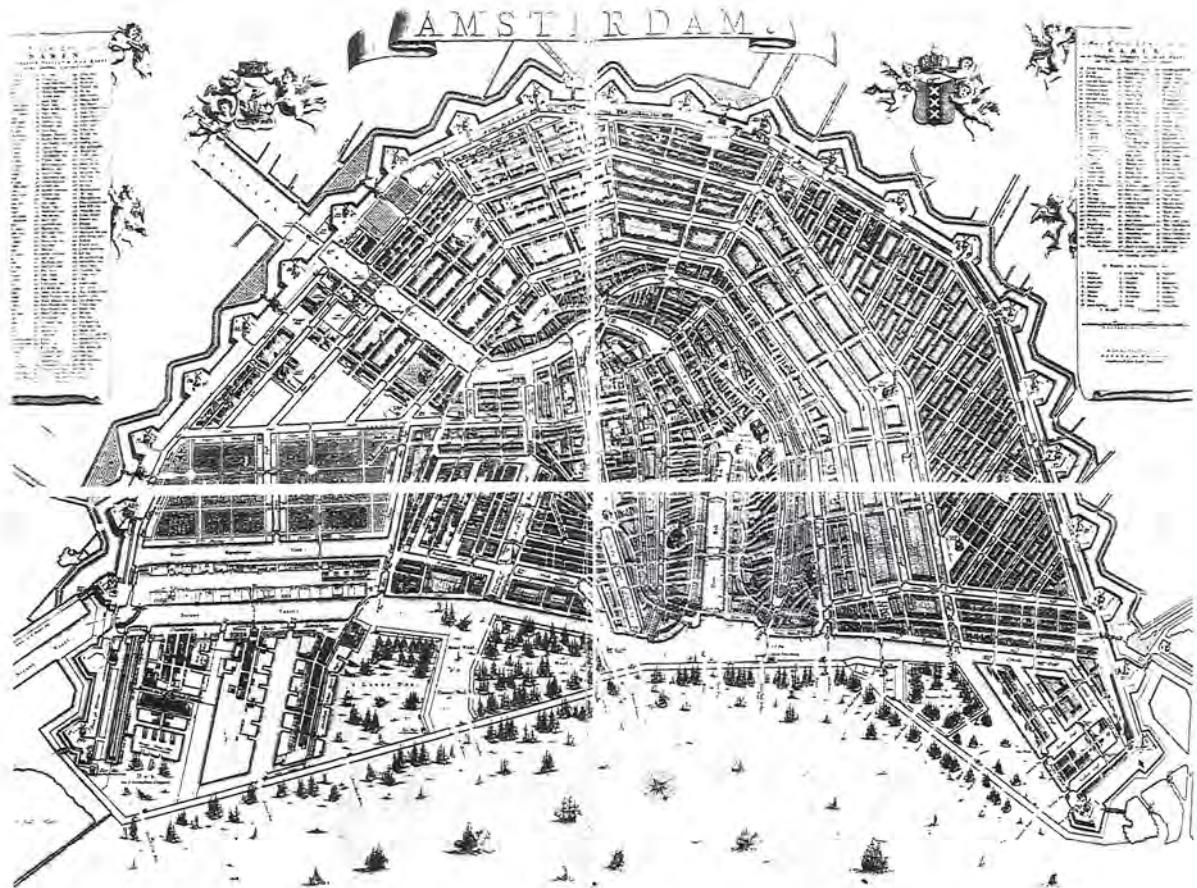
Amsterdam-Sur. Vista aérea del sector construido según el Plan de Berlage.



los síntomas sino remontándose a las causas. Por ello no se trata de hipertroficar la red varía sino de hacer el tráfico superfluo, en la medida de lo posible, reduciendo sustancialmente los desplazamientos, o sea, poniendo en contacto la vivienda con el lugar de trabajo. Las elocuentes palabras de Hilberseimer al describir su propuesta, no dejan lugar a dudas sobre el referente en el que se basa esta idea: «Como la ciudad residencial se encuentra sobre la comercial, cada uno vivirá sobre su lugar de trabajo. En este punto la ciudad moderna se toca con la ciudad del pasado. En una casa particular de una ciudad medieval, las habitaciones se hallaban encima de las tiendas y talleres. Lo que enton-

ces se traducía individualmente, acorde con la artesanía, se manifestará en el futuro colectivamente, como corresponde a la industria».

Estas propuestas de Le Corbusier y Hilbersimer eran, sin embargo, esquemas teóricos, trabajos de laboratorio y no se planteaban su aplicación inmediata a una realidad urbana y territorial concreta. De este modo eludían el principal escollo con que cualquier intento de racionalizar la construcción de la ciudad moderna había de encontrarse inevitablemente, a saber, la obtención de mecanismos de gestión capaces de hacerla económicamente viable sin renunciar a sus principios básicos.



Amsterdam. Planta del casco medieval con las extensiones del siglo XVII.

La plasmación de esa idea de ciudad, ni que fuera de un modo parcial y fragmentario, podía darse tan sólo en aquellas circunstancias políticas en las que la gestión pública del suelo urbano tuviese fuerza suficiente como para someter los intereses de los diversos agentes económicos a la disciplina del interés común que la propia ciudad representa. Estas circunstancias se dieron en algunas ciudades europeas bajo administraciones de tendencia social-demócrata. Algunas ciudades, como Frankfurt, Berlín o Celle, construyeron sus nuevas áreas residenciales tomando como referencia básica el modelo de la ciudad jardín. Otras se decantaron por una concepción más próxima a la idea de ciudad concen-

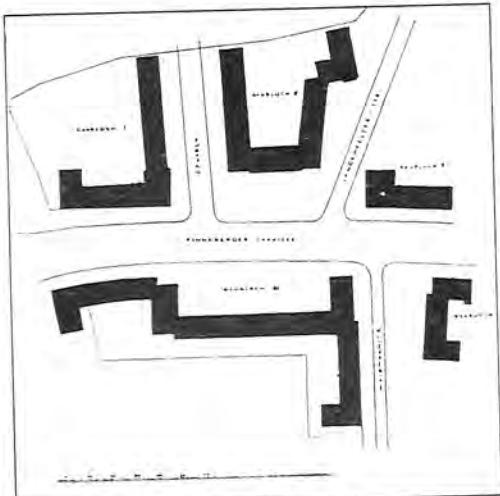
trada. De entre estas últimas mencionaremos tres cuya experiencia resulta especialmente significativa: Amsterdam, Viena y Hamburgo.

La extensión Sur de Amsterdam, planificada por H. P. Berlage en 1915, se lleva a cabo en la década de los 20 a través de operaciones proyectadas preferentemente por los arquitectos del grupo Wendingen. La construcción de la calle como espacio homogéneo parece ser el tema central de esta experiencia urbana. Las grandes pantallas edificatorias, definidas por las series residenciales, combinan la idea de continuidad e iteración con la presencia de marcados mecanismos de articulación que

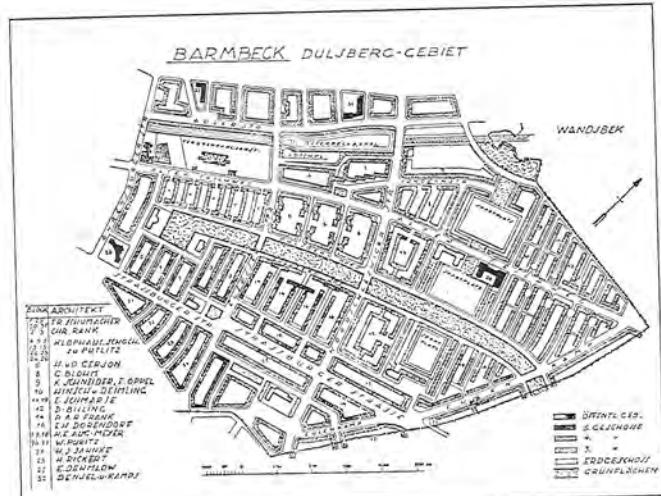
Friedrich Ostermeyer.  
Conjunto residencial en  
Pinnerberger Chaussee.  
Altona, 1926-28. Vista  
general.



Friedrich Ostermeyer.  
Pinnerberger Chaussee.  
Planta general.



Fritz Schumacher. Siedlung  
Dulsberg. Hamburgo, 1930.



accentúan el valor de las esquinas, los ensanchamientos u otros episodios urbanos destacados. Las grandes avenidas del Plan de Berlage componen un orden análogo al de los canales de la ciudad antigua, de manera que Amsterdam Sur aparece, en el plano de la ciudad como una nueva parte urbana que dialoga con familiaridad con las extensiones de los siglos XVII y XVIII que, a su vez, habían abrazado el casco medieval, reforzándose así la idea de homogeneidad formal que ha presidido la construcción de Amsterdam en el curso del tiempo.

En el caso de Viena la opción por una ciudad concentrada se hace más patente, planteándose la inserción de la vivienda obrera en el tejido urbano existente a través del Hof (gran bloque residencial continuo, dotado de servicios comunitarios, que engloba un espacio urbano interior ajardinado). El Hof vienes exalta el carácter monumental de la vivienda obrera incorporando elementos figurativos propios de los grandes edificios públicos. En algunos de los mejores ejemplos, tales como el Winarskyhof (1924), obra de Peter Behrens, Josep Hoffmann y otros, el Karl Marx-Hof (1927), obra de Karl Ehn o la Engels-platz (1930), obra de Rudolf Perco, las grandes dimensiones con las que se opera hacen que la edificación cabalgue sobre el trazado viario, imponiendo su primacía en la definición de la forma urbana. Desde el punto de vista de la arquitectura, la experiencia vienesa debe su importancia a esa firme voluntad de construir la plaza o el lugar público por excelencia de la ciudad moderna a través de la forma de la residencia colectiva.

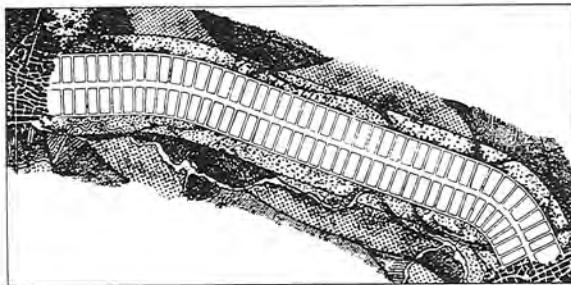
Las operaciones residenciales llevadas a cabo por la municipalidad de Hamburgo bajo la dirección de Fritz Schumacher prolongan algunos de los temas ensayados en Amsterdam y Viena. En este caso, el interés parece concentrarse en la experimentación en torno a las múltiples variaciones generadas por el tema de la manzana, ya sea ésta cerrada, semiabierta o abierta. Los ejemplos hamburgueses se aplican con frecuencia a completar estructuras

residenciales existentes, aunque sin renunciar a que las nuevas piezas o fragmentos adquieran una poderosa impronta urbana. Especialmente interesante a este respecto son los recursos compositivos desplegados en algunos proyectos de Hinsh y Deimling o de Friedrich Ostermeyer para resolver el entronque o la articulación de elementos diversos.

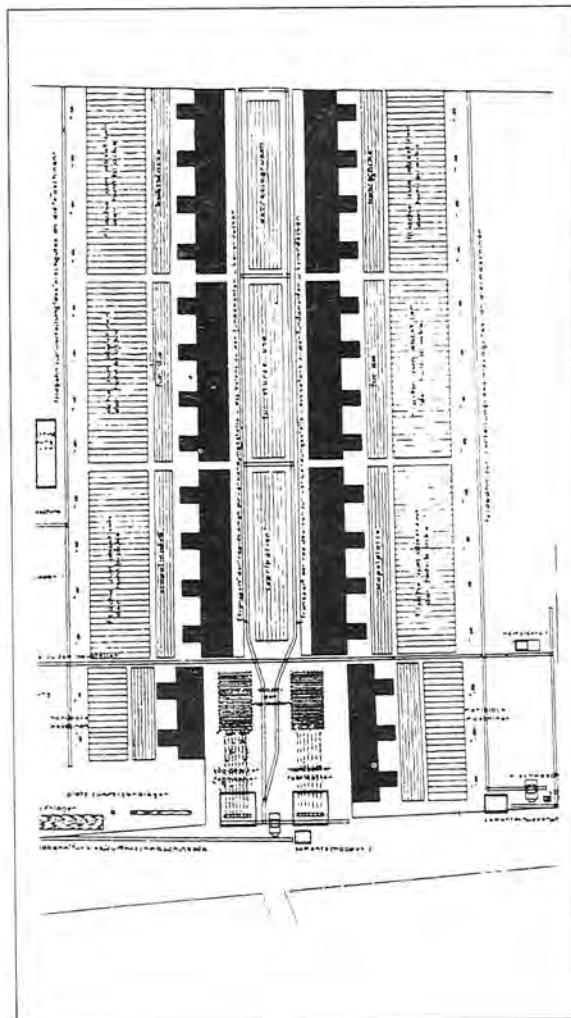
Reaparecen, pues, en el curso de estas experiencias en las que se pretende racionalizar la forma de la residencia, aceptando el reto de la concentración como fenómeno inherente a la ciudad industrial, temas característicos de la tradición urbana tales como la calle, la plaza o la manzana, en su condición de arquetipos a través de los cuales la ciudad persigue el equilibrio entre vacío y lleno, público y privado.

Podemos concluir diciendo que las propuestas residenciales de la cultura moderna (tanto en el frente de la ciudad jardín como en el de la ciudad concentrada) tienden a restablecer los nexos equilibrados entre edificación y espacio libre que se han oscurecido a causa de los procesos especulativos que acompañan a la formación de la ciudad industrial. Esta búsqueda de un nuevo equilibrio entre edificación y espacio libre se lleva a cabo a través de la crítica a la ciudad heredada y de una relectura, en clave conceptual, de la historia urbana, tratando de extraer de dicho análisis herramientas operativas capaces de situar las soluciones propuestas al nivel y a la escala de los nuevos problemas.

Arturo Soria y Mata.  
Esquema de la Ciudad  
Lineal, 1882.



Walter Gropius. Planta  
parcial de la Siedlung  
Törten en Dessau, 1926-28.



## Un nuevo paradigma: la edificación en línea

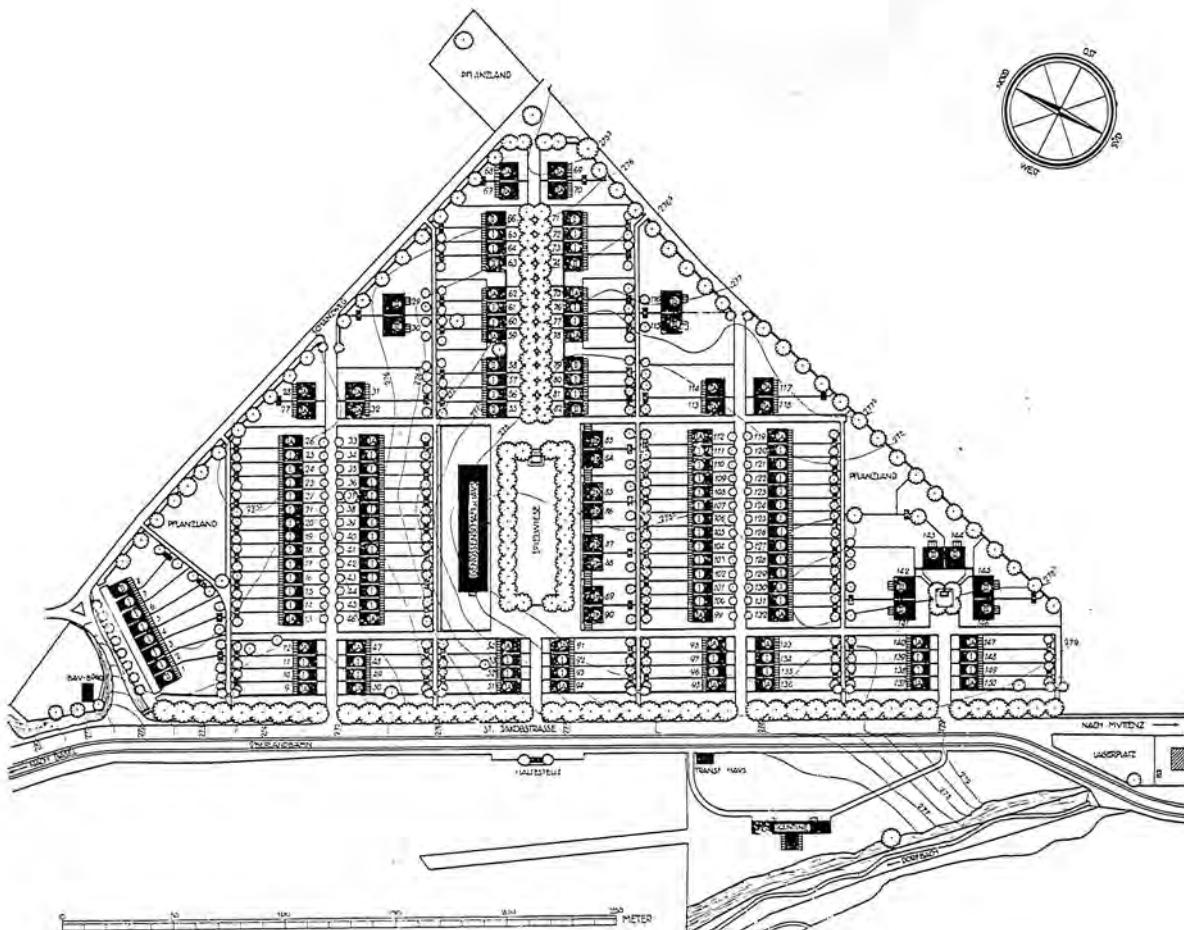
La enorme variedad de propuestas residenciales elaboradas por la cultura moderna, no impide reconocer, en una visión de conjunto, la emergencia de un nuevo paradigma que tiende a imponerse como configuración característica de las nuevas implantaciones. Nos referimos a la forma lineal o edificación en línea.

La forma lineal posee una larga tradición histórica tanto en el mundo rural como en las concentraciones urbanas. Baste pensar en los arrabales de la ciudad antigua (formaciones residenciales dispuestas a lo largo de los caminos que partiendo del núcleo amurallado se adentran en el territorio circundante) o en las ciudades de fundación medievales (a menudo estructuradas a partir de un eje lineal al que se agregan, en sucesivas extensiones, ejes secundarios paralelos al primero).

Existe una profunda analogía entre la forma lineal y ciertos arquetipos de la actividad humana ligados a la idea de recorrido y desplazamiento. Esta analogía cobra un especial relieve y significado en el mundo moderno, caracterizado por la movilidad y la interrelación, como ya supo ver, en 1882, Arturo Soria y Mata con su pionera propuesta de Ciudad Lineal. De ahí que el concepto de linealidad adquiera un papel protagonista en el debate sobre las modernas formas de asentamiento humano.

Por otra parte, la forma lineal opera como un mecanismo liberador con respecto a los esquemas derivados de la planta central. La planta central, en tanto que establece la construcción de un centro del que todo depende y al que las partes se someten según una estricta jerarquía, simboliza la idea del mundo tradicional y de su arquitectura, mientras que, por oposición, la implantación lineal tien-

Hannes Meyer. Siedlung Freidorf en Basel, 1919.  
Planta general.



de a simbolizar la fuerza dinámica y la aspiración igualitaria de la sociedad moderna.

La forma lineal supone la ausencia de jerarquía y propicia la equivalencia de condiciones para todos los elementos que configuran una estructura. Precisamente por ello se convierte en uno de los fundamentos de la arquitectura residencial del Movimiento Moderno. El esquema lineal es el más congruente con el principio de repetición de un elemento y con la búsqueda de una seriación regida por una ley constante.

Es también evidente la analogía entre forma lineal y cadena de montaje, entendida como figura emblemática del proceso productivo en el mundo industrial. En algunos conjuntos residenciales de la arquitectura moderna, la forma lineal constituye un intento de asumir las condiciones impuestas por la producción industrializada como un dato básico de la disposición arquitectónica. Así cabe entender, por ejemplo, la célebre imagen de la Siedlung Torten en Dessau, de Walter Gropius, en la que el mecanismo de desplazamiento de la grúa parece prefigurar la forma de la edificación. La suma de todas

Hannes Meyer. Siedlung Freidorf. Una hilera de viviendas.



Hannes Meyer. Siedlung Freidorf. Vista de la plaza central.

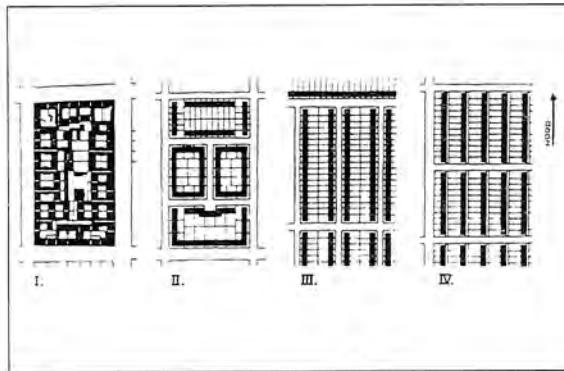


estas propiedades hace que el concepto de linealidad se convierta para la cultura moderna, en una «forma mentis», en un modo genérico de concebir la instalación del habitar humano sobre el territorio que se identifica con la disposición lógica por excelencia.

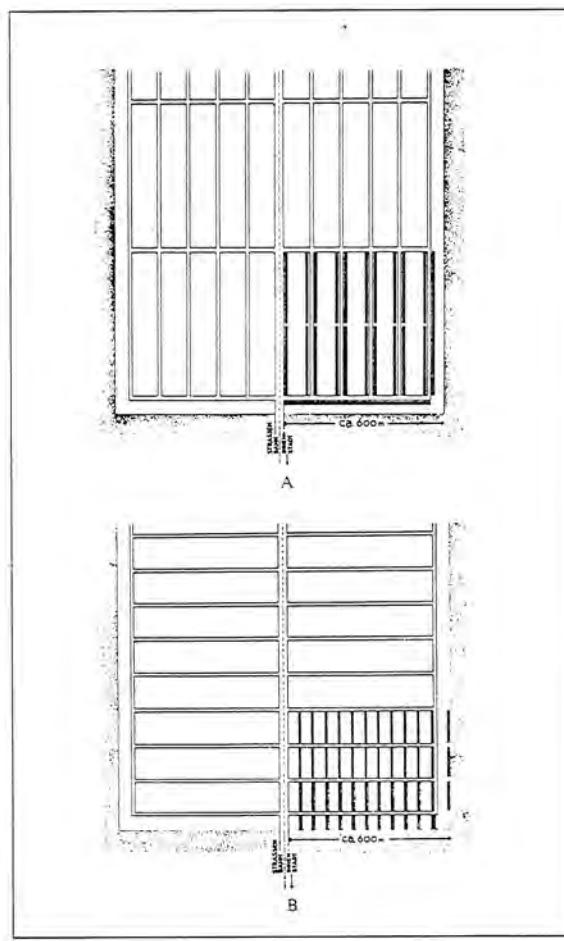
La tendencia hacia la forma lineal en los conjuntos residenciales se produce simultáneamente en los dos grandes frentes de acción antes mencionados: la ciudad jardín y la ciudad concentrada.

La teoría de la ciudad jardín nace impregnada por una concepción naturalista que se manifiesta en la predilección por los trazados curvilíneos, los ritmos discontinuos y la variedad de configuraciones espaciales. Así, en los primeros ejemplos de ciudades jardín el énfasis se pone más en la individualidad de las partes y elementos que en la idea de conjunto. En manos de los arquitectos racionalistas, el modelo de la ciudad jardín se irá despojando de sus componentes pintorescas. De ese proceso nacerá la Siedlung centroeuropea, auténtica heredera de la ciudad jardín, en la que, sin embargo, prevalecerá el orden geométrico del trazado, la regularidad de la edificación y la constancia de la orientación, aspectos todos ellos garantizados por la forma lineal de la implantación.

La Siedlung Freidorf cerca de Basilea, proyectada por Hannes Meyer en 1919, constituye un ejemplo demostrativo de esa transformación. Los edificios de Freidorf, con sus elevadas cubiertas a cuatro aguas, su fenestración cadenciosa y su sereno clasicismo, se asemejan mucho a otros anteriores de corte tradicional, como los proyectados para Hampstead: en cualquier caso, carecen de toda veleidad estilística que permita encuadrarlos dentro del Movimiento Moderno. Y sin embargo, Hannes Meyer, en esa temprana fecha, había destilado ya de la idea de ciudad jardín todos aquellos temas de fondo que la arquitectura moderna empleará de un modo recurrente en las siguientes décadas.



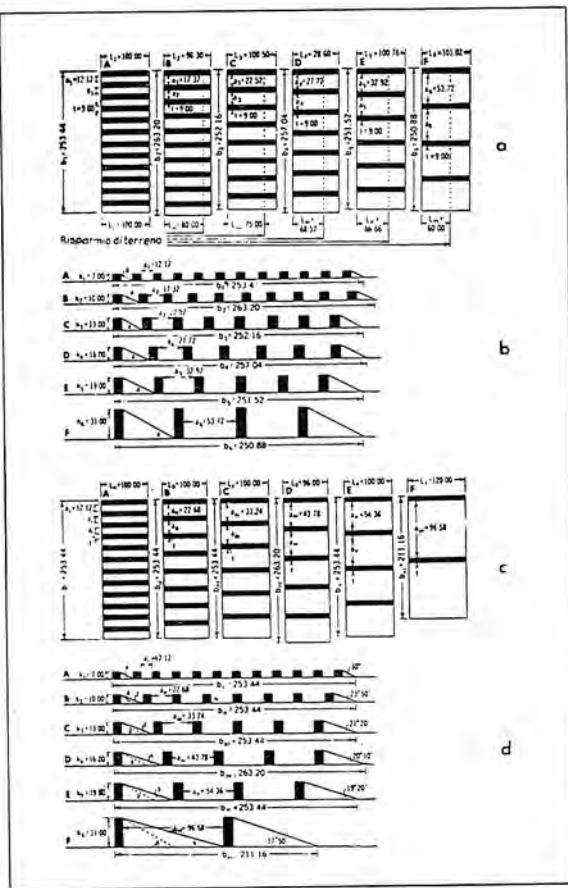
Ernst May. Esquemas de la evolución de la manzana.



Herbert Boehm y Eugen Kaufmann. Modelo de urbanización en doble hilera, 1930.

Herbert Boehm y Eugen Kaufmann. Modelo de urbanización con hileras simples transversales a las calles, 1930.

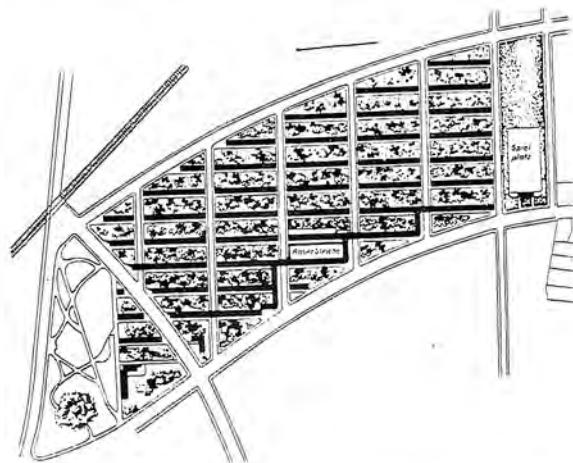
Walter Gropius. Estudios comparativos para el sistema de edificación en línea, 1930.



Otto Haesler. Siedlung Friedrich-Ebert-Ring en Rathenow, 1928. Vista desde una calle perimetral.



Otto Haesler. Siedlung Friedrich-Ebert-Ring. Planta general.



El triángulo isósceles que forma el solar de Freidorf se organiza a partir de la directriz perpendicular a su base definida por la carretera de acceso, generándose una composición tripartita en cuya parte central se dispone la plaza. El edificio público que la flanquea sigue la misma directriz que los restantes edificios y ocupa en el esquema un espacio idéntico al que correspondería a una manzana de viviendas. Una elemental regla geométrica gobierna la implantación del barrio y basta un limitado repertorio de recursos tales como leves desplazamientos de la alineación o cambios de ritmo en la agrupación para lograr una compleja articulación arquitectónica del conjunto.

Son muchas las lecciones que se desprenden de este hermoso ejemplo de arquitectura residencial, pero aquí nos interesa sobre todo por su capacidad de poner en evidencia que las elaboraciones maduras sobre el concepto de ciudad jardín apuntan con firmeza hacia las formas de implantación lineal, incluso antes de la eclosión racionalista.

Paralelamente al proceso descrito se produce una reflexión sobre el concepto de ciudad concentrada que tiende a su vez a confirmar las propiedades del esquema lineal como disposición lógica de las agrupaciones residenciales. Al estudiar la ciudad especulativa y sus modos de formación, los arquitectos

tos del Movimiento Moderno desarrollan una propuesta alternativa basada en el desmontaje y en la reversibilidad de aquel proceso. Ernest May, por ejemplo, en su célebre serie de viñetas sobre la evolución de la manzana, parte de una manzana densificada de la ciudad especulativa, edificada según el tipo de la Mietkasserne, que ocupa en profundidad toda la parcela y provoca la compactación del espacio disponible, para proceder, en sucesivas operaciones, a un esponjamiento interior y una apertura de la corona externa que propicia la aparición de elementos lineales que, penetrando en la manzana, resquebrajan y disgregan su masa interior, impidiendo la acción de los mecanismos de compactación.

En una ponencia presentada al 3.<sup>o</sup> CIAM de Bruselas de 1930, Herbert Boehm y Eugen Kaufmann, retomando este argumento, definen los modelos generales de agrupación residencial basados en la forma lineal: uno con los edificios siguiendo la alineación de las calles, a la manera de manzanas rectangulares edificadas tan sólo en sus lados largos; el otro con los edificios en posición transversal respecto a las calles y colocados a intervalos regulares. En ambos, los edificios siguen la directriz Norte-Sur siendo el esquema viario el que cambia de posición, buscando la solución más adecuada a cada caso. La tesis implícita en estos modelos es que la forma lineal es la única capaz de garantizar la equivalencia de condiciones de todas las viviendas, tanto en lo que se refiere a la orientación como al disfrute del espacio libre.

También durante el CIAM de Bruselas, Walter Gropius pronuncia su influyente conferencia «¿Edificación baja, media o alta?» en la que, a modo de demostración matemática, expone dos esquemas gráficos que relacionan la densidad de viviendas con la altura de los edificios y la distancia entre ellos, tomando como referencia una agrupación residencial a base de bloques paralelos. En el primer esquema, adopta como constante la proporción del

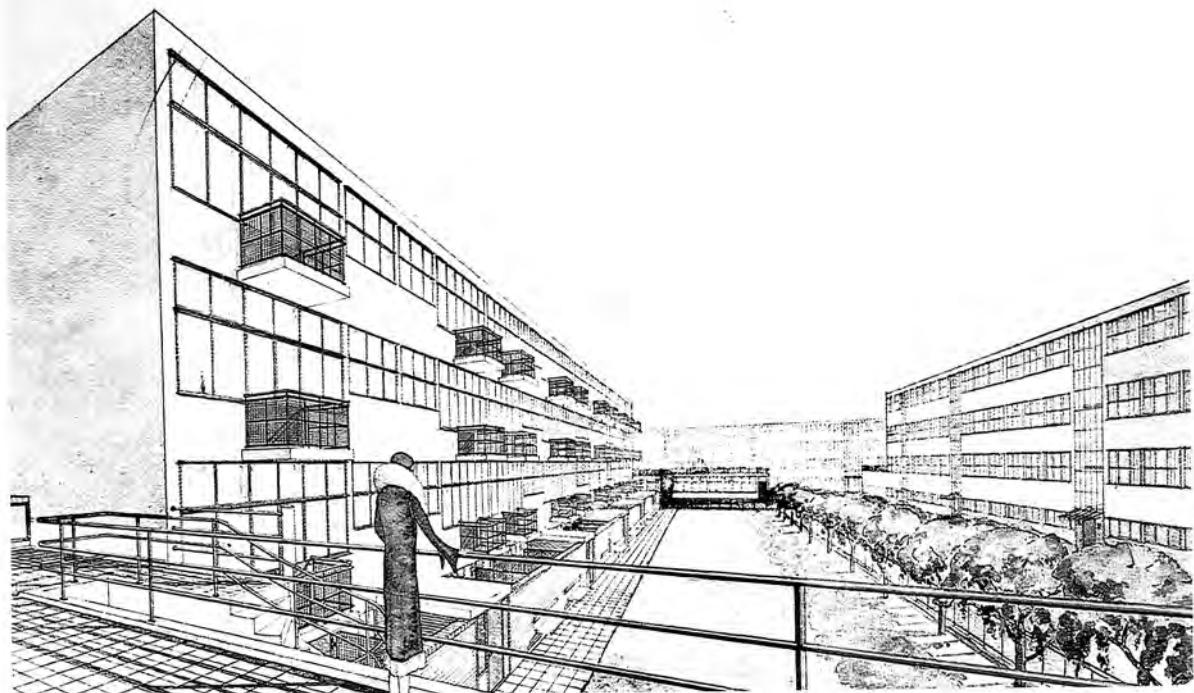
espacio libre entre bloques y demuestra que, aun manteniendo esa igualdad de condiciones, crece el número de viviendas a medida que aumenta la altura. En el segundo esquema, en cambio, el parámetro constante es la densidad y en él se hace evidente que a mayor altura de los edificios corresponden mejores condiciones ambientales ya que disminuye progresivamente el ángulo que forma la diagonal del espacio libre entre bloques.

Esta suma de reflexiones y experiencias, desarrolladas tanto en el ámbito de la ciudad jardín como en el de la ciudad concentrada, confluyen hacia un cauce operativo común y desembocan en un modelo intermedio que, partiendo de las formas de implantación lineal, toma de la ciudad jardín la exigencia de una relación inmediata con el espacio libre y de la ciudad concentrada la preferencia por la vivienda plurifamiliar organizada en bloques.

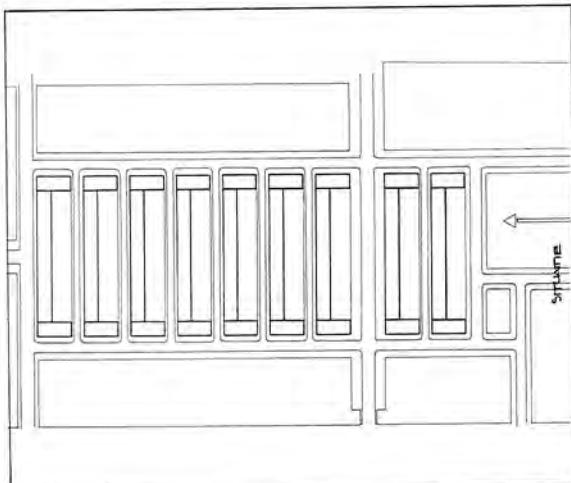
De ese modo se consolida una fórmula, ya ensayada de un modo pionero en los años veinte (sobre todo a partir del proyecto de Otto Haesler, en 1924, por la Siedlung Georgsgarten en Celle) y que, a lo largo de los años treinta, se impondrá como solución canónica al problema de la vivienda moderna. La repetición acrítica y acomodaticia de esta fórmula, especialmente en los años posteriores a la segunda guerra mundial, acabará llevándola al descrédito y al agotamiento. Pero basta citar, a título de ejemplo, algunas de las mejores aplicaciones, concebidas al filo de 1930, tales como la Siedlung Friedrich-Ebert-Ring en Rathenow del propio Haesler (1928-29), la Wohnstadt Carl Legien en Berlín de Bruno Taut (1928-30) o el proyecto para 300 viviendas obreras en Blijdorp de J. J. P. Oud (1931), para comprender hasta qué punto el principio del Zeilenbau (edificación en línea) encierra, en el mundo moderno, un valor general y permanente en relación al tema de la habitación humana.

Pero la influencia del nuevo paradigma basado en la forma lineal, habría de rebasar el estricto marco

J. J. P. Oud. Viviendas en Blijdorp. Vista de un espacio entre bloques.



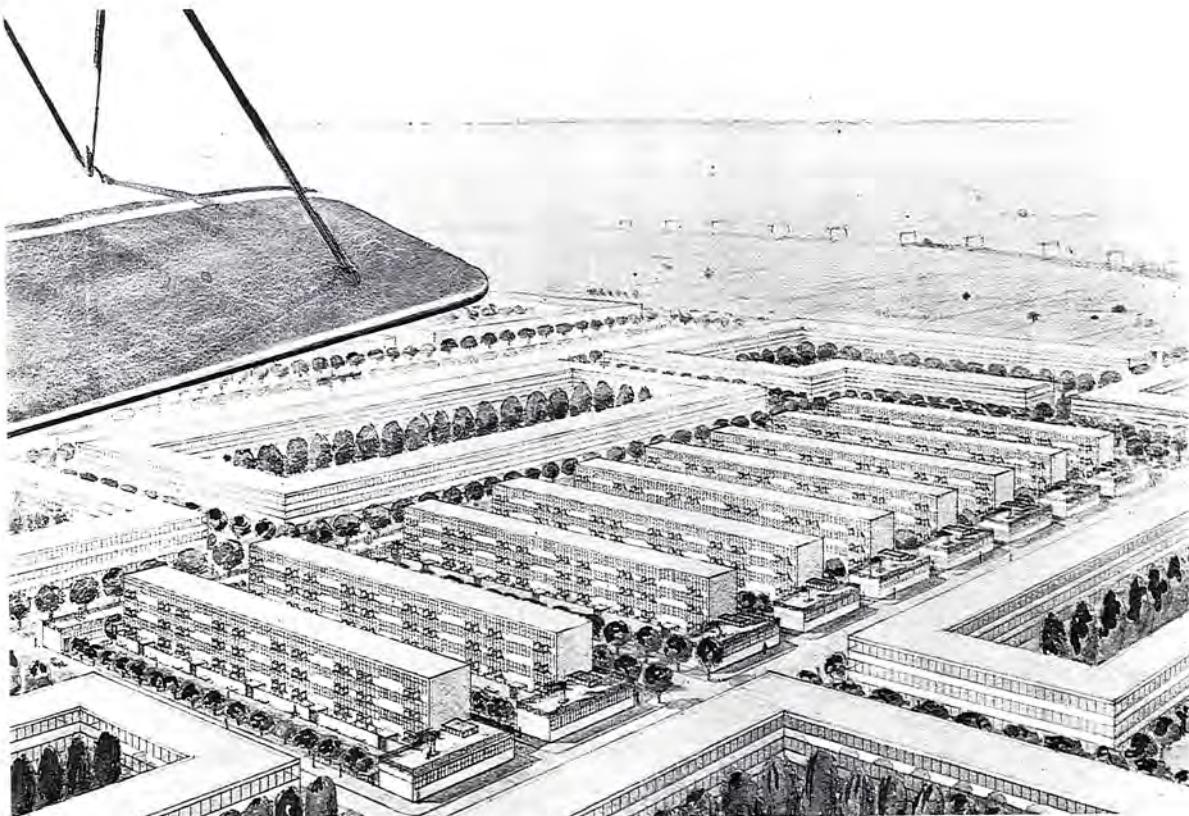
J. J. P. Oud. Proyecto para 300 viviendas obreras en Blijdorp, 1931. Planta general.



de la edificación residencial, dejándose sentir también con fuerza en la discusión sobre la construcción de la ciudad moderna y sus modos de inserción territorial. Las propiedades de la forma lineal sobre las que centra su atención la urbanística moderna son sustancialmente las mismas que habían interesado a los arquitectos en su campo de acción específico: ausencia de jerarquía entre las partes, capacidad de crecimiento indefinido, equivalencia de condiciones para los diversos elementos, contacto inmediato entre espacio construido y espacio natural, etc.

Los estudios llevados a cabo en diversos frentes hacia 1930, tienden a confirmar la hipótesis de que la forma lineal es la más acorde con las exigencias

J. J. P. Oud. Viviendas en Blijdorp. Vista aérea.

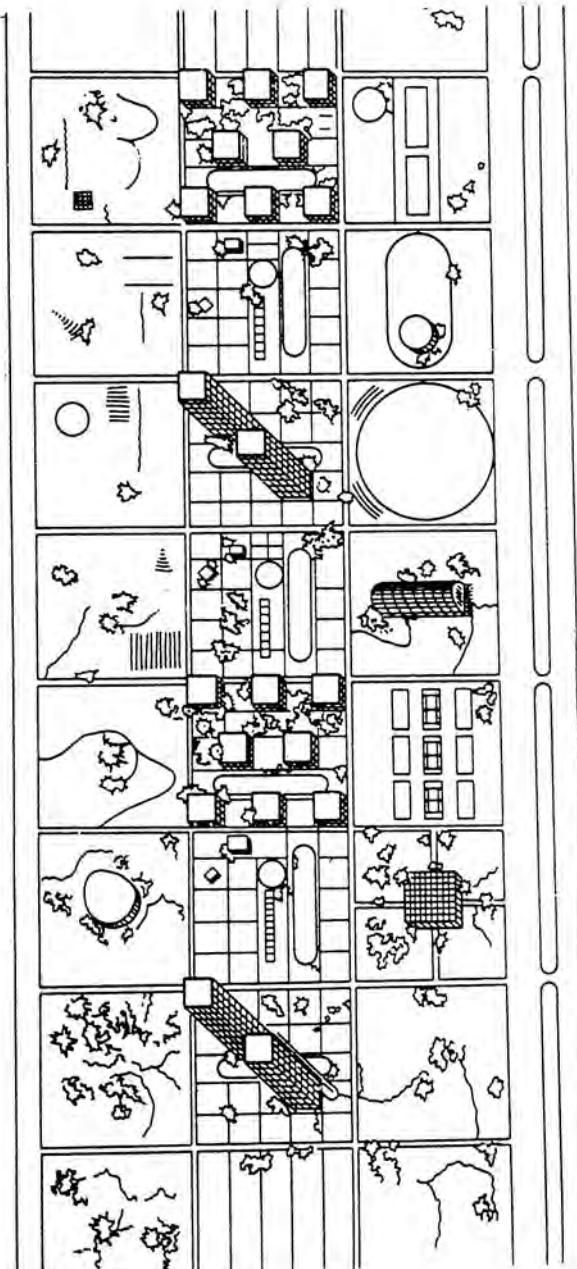


de la nueva realidad territorial. Los intentos de superar el antagonismo entre ciudad y campo por vía de una colonización del territorio basada en la estricta planificación, convierten a la Unión Soviética en el principal campo de experimentación teórica sobre la ciudad lineal. Especialmente importantes, por su condición sistemática, son las investigaciones de N. A. Miljutin en las que la nueva ciudad se concibe como el soporte físico de un sistema económico integrado que abarca la extracción de materias primas, los procesos de transformación y los mecanismos de distribución y abastecimiento.

En sus esquemas, Miljutin prefigura una ciudad lineal que, a modo de banda continua, virtualmente infinita, sigue el desarrollo de una cuenca hidrográ-

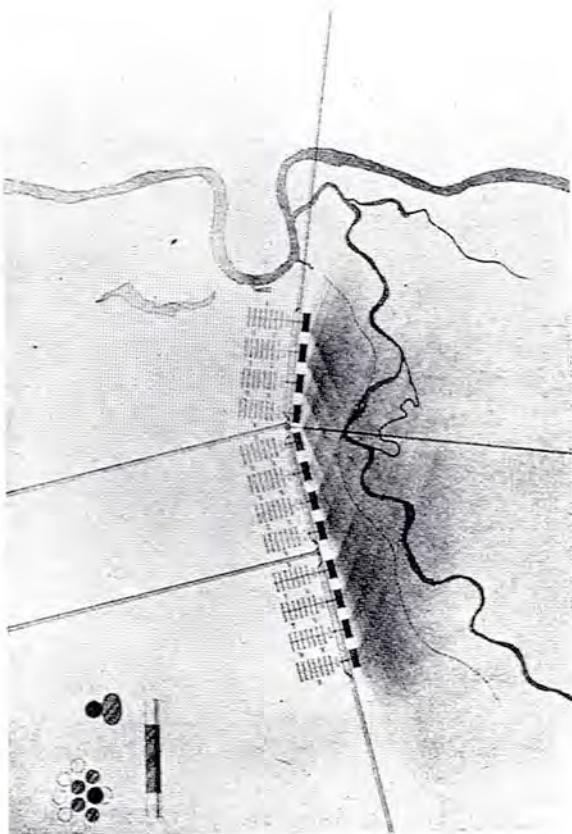
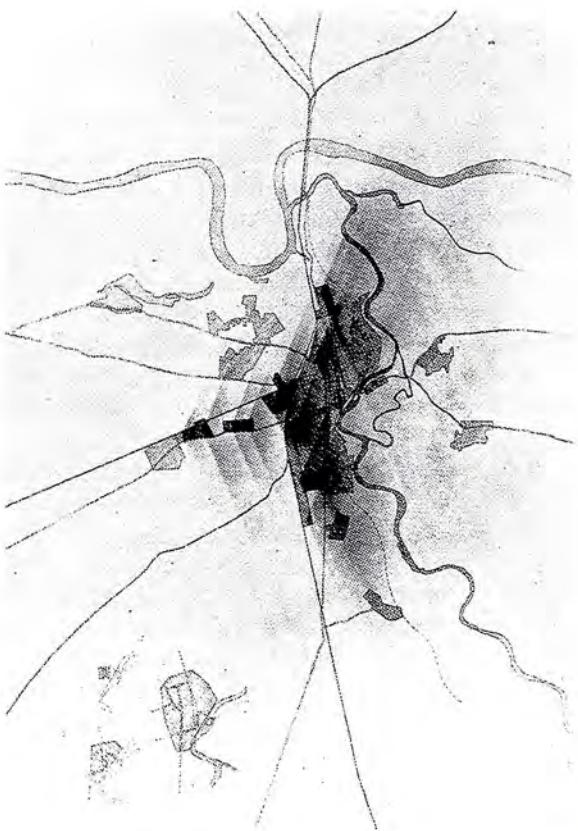
fica confirmando el valor de ésta como línea primordial de la estructura del territorio. La banda urbanizada se subdivide, a su vez, en franjas de distinta anchura y densidad que engloban las diversas funciones: vías de transporte, sector industrial, área verde con equipamientos culturales y deportivos, residencia, espacio natural. Este principio organizativo está en la base de muchos de los proyectos que, para las nuevas ciudades soviéticas, se realizan en esa época. Valga como ejemplo la propuesta de Ivan Leonidov para el concurso de la ciudad de Magnitogorsk, en la que el esquema lineal adquiere una precisa concreción arquitectónica, sobre todo en lo referente al estudio de los tipos residenciales. Se alude en este proyecto a la idea del damero y al juego del ajedrez, no sólo por la cu-

Ivan Leonidov. Proyecto para la ciudad de Magnitogorsk, 1930. Planta de un sector.

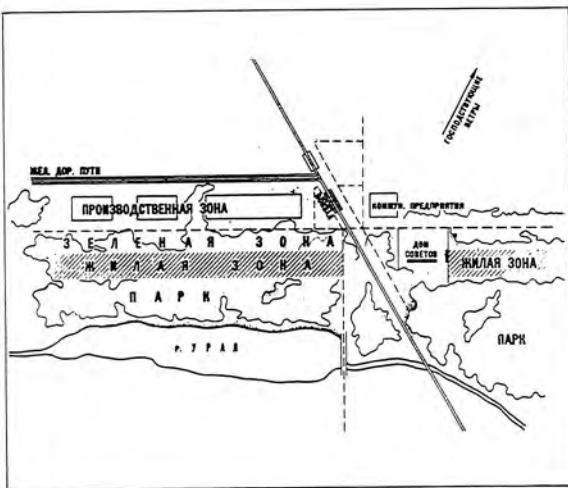
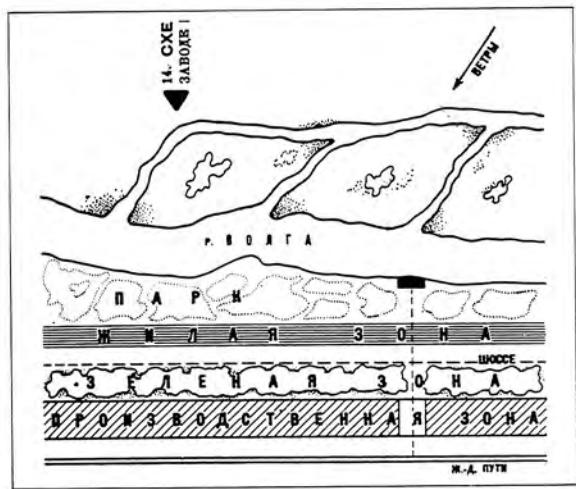


drícola que forma el sistema viario sino también por la disposición alternada de los edificios, dejando siempre libres las casillas contiguas, e incluso por la distinta forma y valencia de las piezas que ocupan las casillas, ya sean edificios residenciales altos o bajos (en la hilera central), o equipamientos culturales o deportivos (en las hileras laterales), siguiendo siempre una estricta ley de alternancia. Para Leonidov la ciudad lineal lleva inevitablemente aparejada una concepción radicalmente moderna de la arquitectura que garantice la proyección y apertura extremas del espacio construido hacia la naturaleza circundante.

La propuesta de Ludwig Hilberseimer para la reestructuración global de Dessau, elaborada en 1932, durante el último año de existencia del Bauhaus, tiene notables puntos de coincidencia con los ejemplos soviéticos. También aquí aparece una cuenca hidrográfica como línea básica de desarrollo y una neta subdivisión de las áreas residencial e industrial (esta última dispuesta de tal modo que los vientos dominantes no polucionen a las viviendas). Sólo que, en este caso, no se trata de una ciudad de nueva creación sino de un centro urbano plenamente consolidado. Así, pues lo que Hilberseimer parece plantear no es tanto una propuesta concreta para Dessau como un cuadro comparativo en que a las deficiencias de la ciudad industrial inorgánica y desordenada se le contrapongan las ventajas de la ciudad lineal proclamada como expresión ejemplar de la forma urbana moderna.

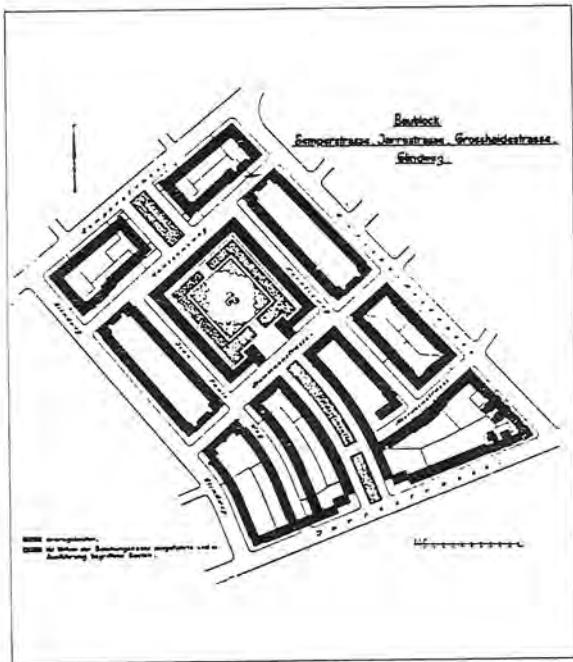


Ludwig Hilberseimer.  
Propuesta de  
reestructuración para  
Dessau, 1932. Estado actual  
y proyecto.

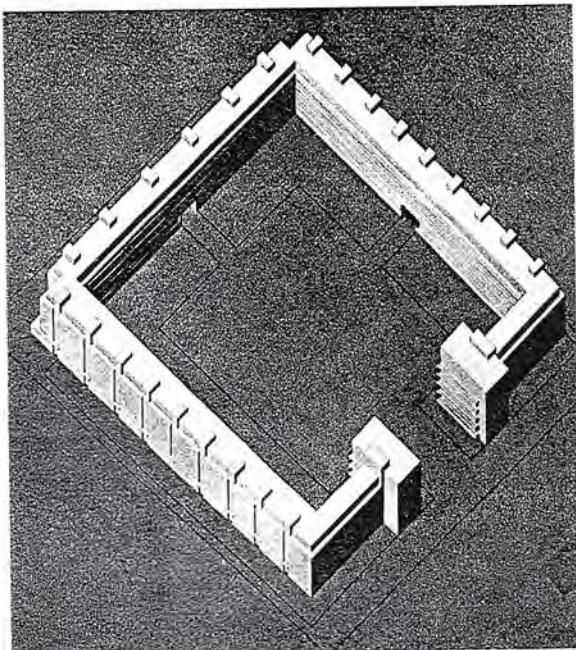


N. A. Miljutin. Esquemas  
de Ciudad Lineal, 1930.

Karl Schneider. Conjunto residencial Jarrestadt. Hamburgo, 1927-1930. Planta general.



Karl Schneider. Jarrestadt. Axonometria de la manzana central.



## Nexos entre ciudad moderna y tradición urbana

Tras este rápido y selectivo recorrido por algunas de las propuestas residenciales formuladas por la cultura moderna, volvamos ahora a nuestra hipótesis de partida según la cual la idea de ciudad que en ellas está implícita, lejos de constituir una ruptura total con respecto a la historia, tiende a establecer sólidos vínculos con la tradición positiva de la construcción de la ciudad.

Del análisis efectuado se derivan, a nuestro juicio, dos aspectos que confirman el enunciado de dicha hipótesis. Nos referimos, en primer lugar, a la concepción de la ciudad como lugar en el que se equilibran y complementan el espacio construido y el espacio libre y en el que la habitación humana, desde un nivel más elevado de sociabilidad, recupera el contacto con la naturaleza. Y, en segundo lugar, al hecho de que en las propuestas modernas sean los tipos arquitectónicos, y no las ordenanzas o los parámetros cuantitativos, los que definen la forma urbana, tal como ocurría en la ciudad tradicional en que la casa, en tanto que expresión arquitectónica de un modo de vida, generaba por inducción la estructura general del agregado urbano.

Con respecto al tema del espacio libre hemos visto, al analizar los ejemplos precedentes, hasta qué punto los diversos modelos residenciales se definen por medio de la relación que, en cada uno de ellos, la vivienda instaura con el espacio libre que le es propio. Pero esa búsqueda de una relación equilibrada con el espacio libre que subyace a todas las propuestas modernas no puede entenderse como una disquisición abstracta y ajena a la experiencia histórica sino que, por el contrario, revela la presencia activa de algunos referentes históricos con los que se establecen claras relaciones analógicas. De este modo, las propuestas modernas pasan a ser un esla-

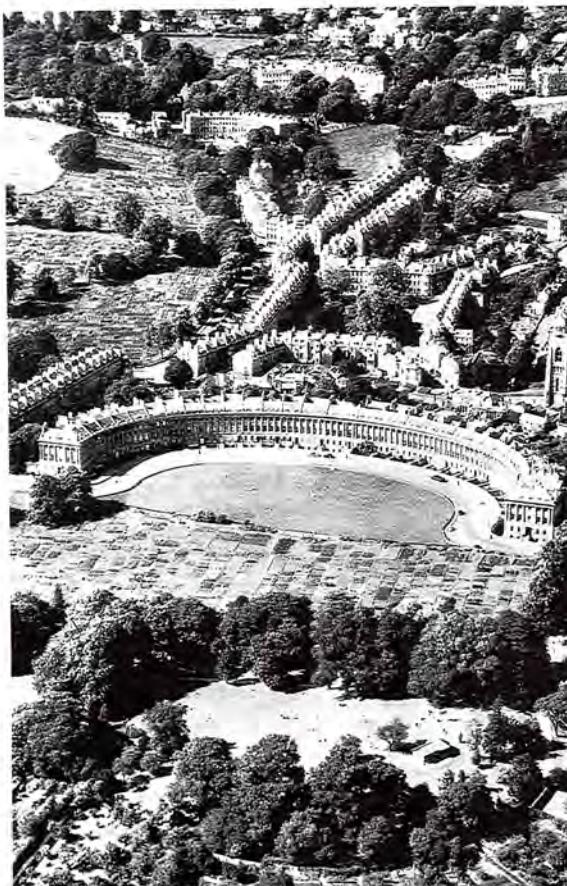
bón más de una cadena que prosigue el hilo continuo de la arquitectura en el tiempo.

Podríamos clasificar el conjunto de estas propuestas en tres grandes apartados (formas cerradas, formas semiabiertas y formas lineales o abiertas) atendiendo al criterio de su relación topológica con el espacio libre.

Las formas cerradas son características de los modelos residenciales basados en la idea de manzana como elemento de construcción de la ciudad. Contrariamente a lo que pudiera parecer, éste es un campo de experimentación muy frecuentado por la arquitectura moderna. Baste pensar en los proyectos de Berlage para Amsterdam, de Paul Wolf para Hannover o de Fritz Shumacher para Hamburgo. Sólo que en estos casos la idea de manzana que se maneja no se corresponde con la de la ciudad especulativa (entendida como mero relleno edificatorio de un trozo urbano definido interiormente por la subdivisión jurídica del parcelario) sino que remite, de un modo preciso, a determinadas formas de la tradición arquitectónica como las grandes estructuras convencionales, las «places royales» o los «squares» de la ciudad clásica, o bien las extensiones urbanas de la época ilustrada tales como la New-Town de Edimburgo o la Friedrichstadt de Berlín. Hemos tomado como paradigma de este tipo de relación el conjunto residencial de la Jarrestadt de Hamburgo, proyectado por Karl Schneider en 1928, en el cual las líneas de filiación con los precedentes históricos mencionados resultan patentes.

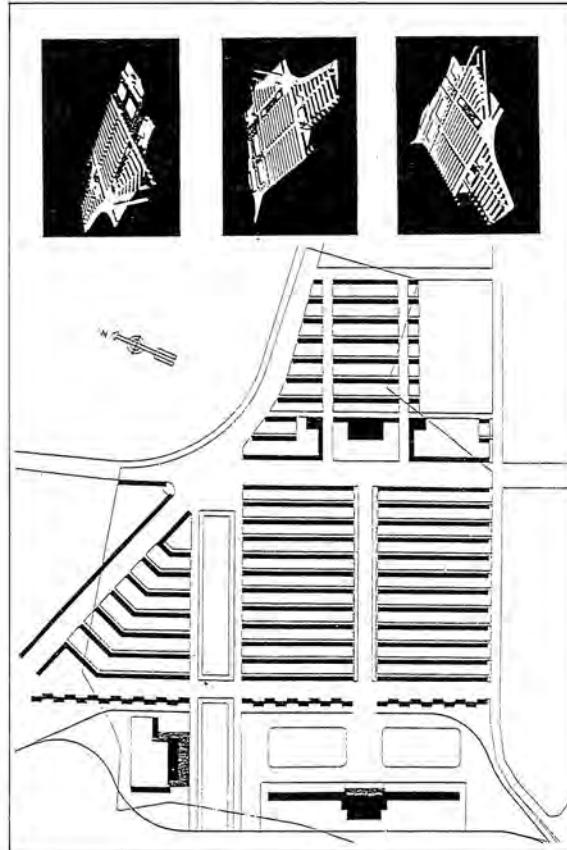
Las formas semiabiertas son empleadas a menudo por la arquitectura moderna como un intento de superar la fórmula de la «rue corridor», propia de la ciudad ochocentista. También en este ámbito es posible detectar la analogía con ciertos modelos tradicionales. Así, por ejemplo, la Hufeisensiedlung de Bruno Taut en Berlín-Britz remite a la tradición del «common» inglés y en especial a sus formas evolucionadas, como los «crescents» de Bath, en los

Bruno Taut.  
Hufeisensiedlung en Berlín-Britz, 1925-31.

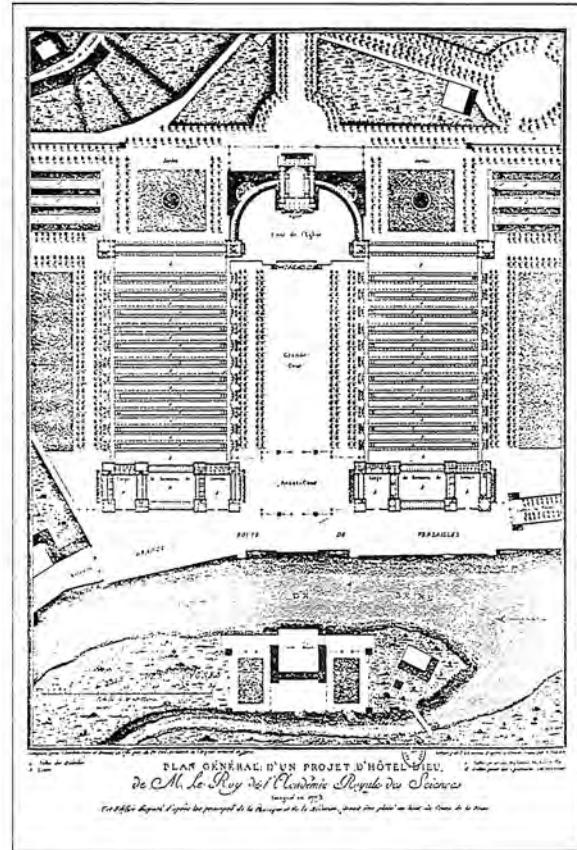


John Wood. Royal Crescent  
de Bath, 1767-74.

Hinsch y Deimling.  
Siedlung Berlin-Haselhorst,  
1929. Planta general.

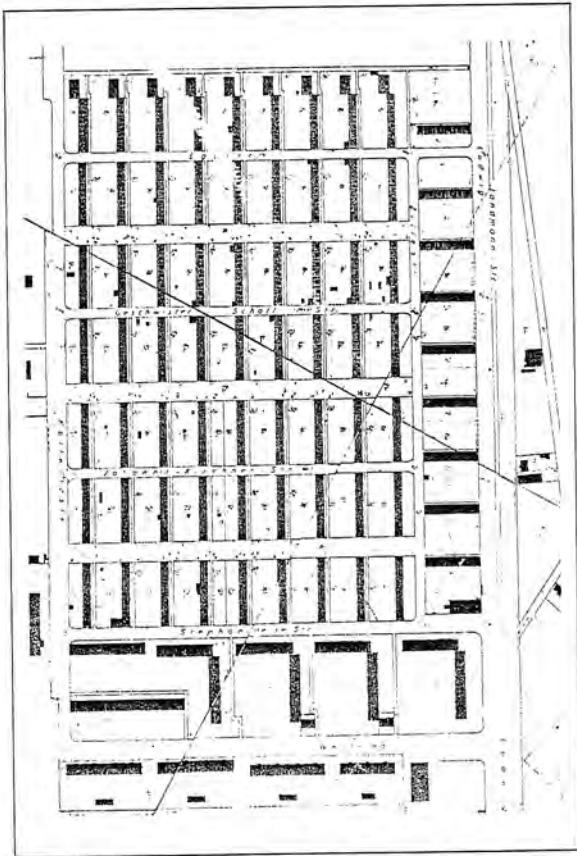


Proyecto de un Hôtel-Dieu  
en París, 1773. Planta  
general.



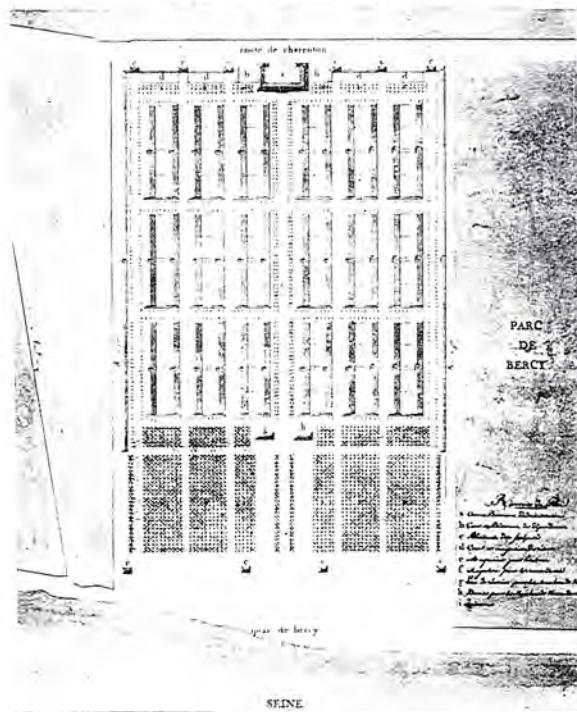
que la residencia envuelve sutilmente al elemento natural sin aprisionarlo. Por su parte, el «bloc à redent» de Le Corbusier, así como las formas derivadas de él, prolongan una indagación sobre la contracción y la expansión del espacio urbano cuyos procedentes se remontan al «grand siècle» francés y en concreto a la relación entre el palacio y el jardín (como en el caso de Versailles, explícitamente citado por Le Corbusier en *Une maison, un palais*, y que prosigue más tarde con la construcción de los grandes espacios de la ciudad ilustrada y en especial de las plazas con uno o más lados abiertos sobre el mar, el río o el paisaje (como la «Place Royale» de Bordeaux o la «Plaça do Comerç» de Lisboa).

La analogía con los ejemplos del pasado puede alcanzar incluso a las formas abiertas o lineales las cuales no son, como se ha pretendido a veces, patrimonio exclusivo de la arquitectura moderna. De hecho, la forma lineal, originariamente ligada al mundo agrícola, es uno de los grandes arquetipos de la arquitectura y como tal influye decisivamente en las formaciones urbanas de diversas épocas, como en el caso de los arrabales de la ciudad antigua o el de las ciudades de fundación medievales, a los que hemos hecho mención anteriormente. En el marco de la Ilustración, la forma lineal adquiere todavía mayor importancia, tanto en el desarrollo de las áreas residenciales como en la génesis de edificios públicos tales como hospitales, mercados, cuar-



PLAN GÉNÉRAL  
D'UN MARCHÉ ET ENTREPÔT FRANC  
POUR LES VINS ET EAUX-DE-VIE  
PROJETÉ  
DANS LE PARC DE BERCY

Proyecto de Mercado y  
Almacén en el Parque de  
Bercy, París, finales del  
siglo XVIII.

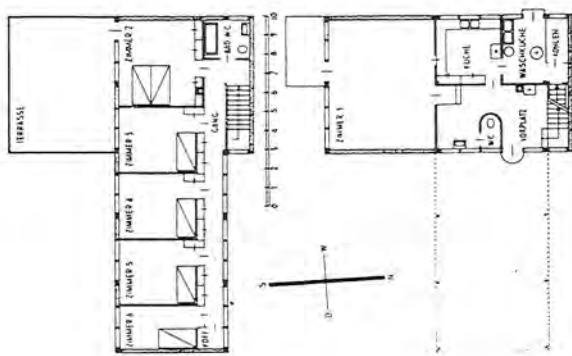


Ernst May. Siedlung  
Westhausen en Frankfurt,  
1929. Planta general.

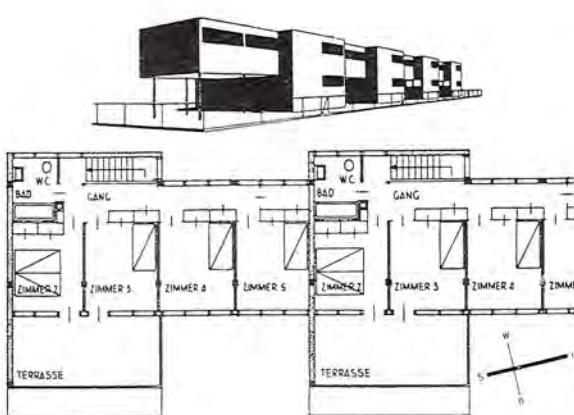
teles, almacenes o fábricas. Basta comparar las plantas de algunas implantaciones modernas como la Siedlung Berlín-Haselhorst según proyecto de Hinsch y Deimling o la Siedlung Westhausen de May, Boehm y Kaufmann, con las de algunos significativos ejemplos tardo-setecentistas como el Proyecto de Mercado y Almacén de Bercy o el Proyecto de un Hotel-Dieu en París, para advertir la profunda similitud formal que existe entre ellos y también para darse cuenta de hasta qué punto las propuestas de la cultura moderna son deudoras de algunas de las ideas que estaban ya implícitas en las elaboraciones más avanzadas de la ciudad ilustrada.

Hasta aquí hemos analizado las formas en que se concreta la búsqueda de una relación equilibrada entre residencia y espacio libre. Consideremos ahora el segundo aspecto enunciado al comienzo de este apartado, o sea, la preeminencia del tipo arquitectónico en la definición de las propuestas residenciales modernas. Contrariamente a lo ocurrido en la ciudad ochocentista en la que el trazado viajero, la ordenanza edificatoria o la composición urbana, prevalecían en cuanto a leyes de construcción de la ciudad, quedando la residencia configurada como mero subproducto resultante del juego de dichas leyes, en las propuestas urbanas de la cultura moderna recobra un papel decisivo la elección del tipo arquitectónico, entendido como un modo de

Hans Schmidt. Casa Schaeffer. Basilea, 1927.



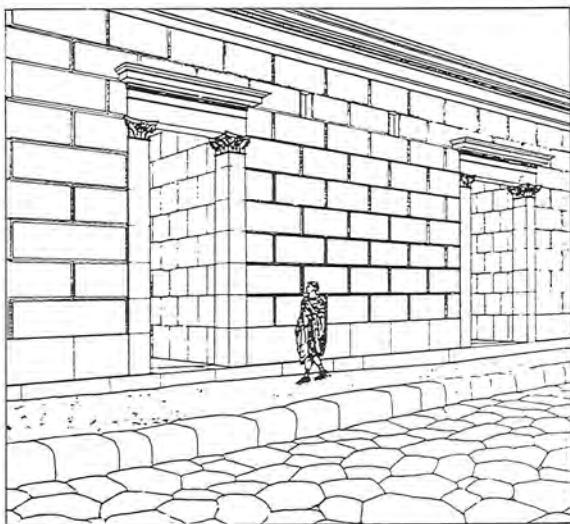
Hans Schmidt. Estudio para una agrupación de viviendas estandarizadas, 1927.



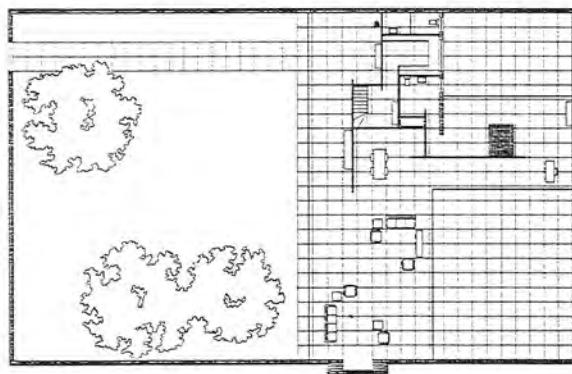
concebir la habitación humana que condiciona e impregna a la ciudad en su conjunto.

La investigación llevada a cabo por los arquitectos modernos sobre la residencia estuvo siempre centrada en el estudio de las relaciones entre célula habitable y forma urbana, ambas entendidas como realidades solidarias e interdependientes. Así, por ejemplo, cuando Le Corbusier concibe sus primeras formulaciones urbanísticas, su punto de partida no es una abstracta normativa o un sistema de parámetros cuantitativos sino una idea muy precisa sobre la casa del hombre en la ciudad moderna. Hasta el extremo de que cuando construye el Pabellón del Esprit Noveau para la Exposición del París de 1925, el modo más demostrativo y directo que se le ocurre para explicar sus ideas sobre la ciudad moderna es convertir el propio Pabellón en un modelo a escala natural de la célula base del Inmueble-Villa, a través de cuya experiencia el visitante alcance a comprender el sentido de la nueva ciudad. La casa es, pues, una metonimia de la ciudad entera.

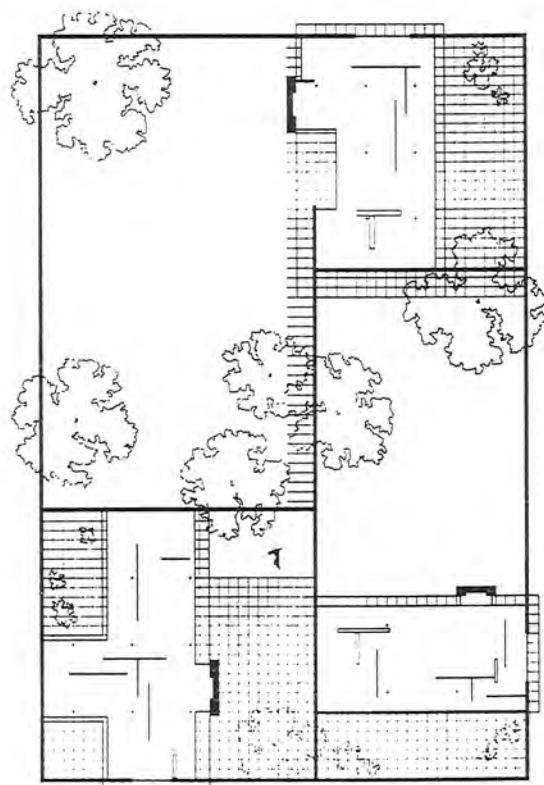
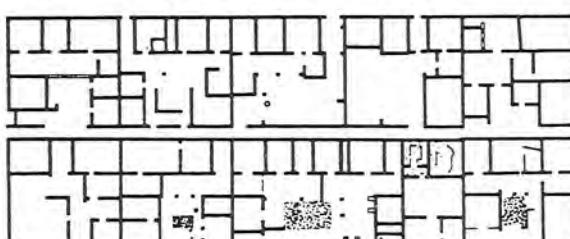
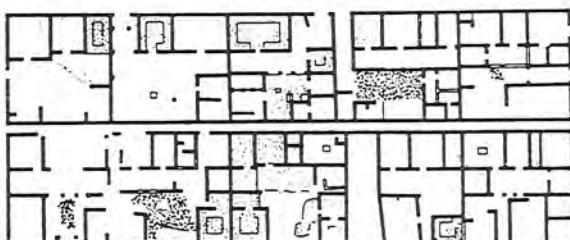
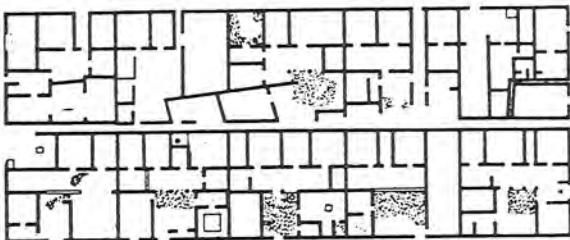
De un modo parecido opera Hans Schmidt en sus estudios para diversos tipos de vivienda estandarizados que se publican en 1927 en la revista *ABC*. En estos trabajos, Schmidt desarrolla simultáneamente una célula habitable dotada de identidad y autonomía y un proyecto de estructura colectiva que constituye la consecuencia lógica de explorar las posibilidades de agregación de dicha célula. Y es interesante ver como algunas de las casas unifamiliares que construye en esa misma época están directamente relacionadas con dichos análisis sobre viviendas estandarizables. Así, por ejemplo, la casa Schaeffer en Basilea es fruto de una ocasión y de un encargo concretos pero, al mismo tiempo, vista en el contexto de la investigación de Hans Schmidt, puede considerarse como el prototipo experimental de un proyecto de viviendas seriadas que nunca se llevó a cabo. La casa aislada trasciende, pues, su condición de hecho singular y se propone como paradigma de una concepción general de la residencia.



Mies van der Rohe.  
Proyecto de casa con tres  
patios, 1934.



Krischen. Reconstrucción de  
una calle de la ciudad  
antigua, 1931.



Mies van der Rohe.  
Manzana resultante de la  
agrupación de casas patio,  
1934.

Olinto. Tres manzanas de  
la ampliación de la ciudad.

En esta misma línea cabe entender los estudios desarrollados por Mies van der Rohe, en los primeros años treinta, sobre el tema de la casa patio, en los que define su idea de casa unifamiliar en la ciudad moderna: una casa volcada sobre el espacio libre que ella misma genera y decididamente introvertida con respecto al mundo exterior, que se compone, en esencia, de dos elementos: un techo y un recinto. También Mies, a nuestro entender, se vale de ocasiones contingentes para construir prototipos experimentales de la casa patio tal como él la concibe. Y estas ocasiones no son otras que su intervención en las grandes exposiciones: surgen así el Pabellón Alemán de la Exposición de Barcelona de 1929 y la casa para soltero de la Exposición de Berlín de 1931. Esta serie se prolonga en proyectos tales como la casa Lange en Krefeld o la casa Hubbe en Magdeburg y concluye, en un orden inverso al supuestamente lógico, con un proyecto teórico: el de la casa con tres patios, en el que las elaboraciones anteriores se depuran y se llevan a un mayor nivel de generalidad.

Este proyecto compendia a la perfección algunos de los aspectos que hemos comentado. En efecto en él se ensaya la definición de un tipo a la vez que se explora la capacidad del mismo para estructurar la forma urbana. Al perseguir la correspondencia estricta entre casa y ciudad, este proyecto insiste en la preminencia del tipo como elemento fundamental en la construcción de la ciudad moderna. La casa patio miesiana, debido a la autonomía que le confiere su recinto, puede agruparse formando manzanas delimitadas por muros que aparecen horadados tan sólo por las puertas de ingreso a las viviendas, por encima de los cuales asoman las copas de los árboles mostrando indirectamente el esponjamiento interior de los espacios habitables. Una estructura y una imagen que remiten pues, de un modo tal vez no consciente pero en cualquier caso insoslayable, a la experiencia de la ciudad antigua de la civilización greco-latina. De nuevo en un proyecto moderno anida un vínculo profundo con los grandes ejemplos de la historia.

El conjunto de propuestas residenciales a que nos hemos referido a lo largo de este texto componen una especie de ciudad ideal de la arquitectura moderna hecha no de un solo trazo, como algunos de sus artífices prefiguraron, sino de la mezcla de ideas y de la reunión de fragmentos. Ya que si bien los grandes modelos residenciales patrocinados por la cultura moderna se presentaban inicialmente como soluciones globalizadoras y excluyentes entre sí, lo cierto es que ninguno de ellos se impuso a los demás ni se plasmó de un modo puro e incontaminado. Si acaso, sus materializaciones fueron fragmentarias, y ese sentido de hibridación o mestizaje es hoy la única perspectiva intelectual desde la que adquieran sentido y recobran valor operativo.

Al dogmatismo que a menudo lastra las propuestas urbanas de la fase pionera del Movimiento Moderno, hoy oponemos la multiplicidad de la ciudad, considerándola como un saldo positivo de las transformaciones producidas a lo largo de este siglo. Aspiramos a una ciudad capaz de englobar muchas situaciones diferenciadas, una ciudad que pueda expresar la variedad, la articulada heterogeneidad y, en definitiva, la riqueza de la vida urbana. Pero creemos que en gran medida, la ciudad moderna no se ha construido y que tan sólo existe, como virtualidad, en la suma de aportaciones que configuran la cultura urbana del siglo XX. De ahí nuestro interés por rescatar y ordenar las ideas, los esquemas y las propuestas modernas para la residencia, componiendo con ellos un gran cuadro analítico que, al otorgarles la condición de material histórico operativo y disponible, nos permita seguir pensando la ciudad moderna como aspiración y como expectativa.